

# **MÉDICOS DE LA LOCURA**

**Relatos alienados: consuelo de almas  
incomprendidas**



# **MÉDICOS DE LA LOCURA**

**Relatos alienados: consuelo de almas  
incomprendidas**

**Andrés Ricardo Figueroa Najarro**



Editorial **ARJÉ**

## MÉDICOS DE LA LOCURA

Relatos alienados: consuelo de almas incomprensidas

© 2024 Andrés Ricardo Figueroa Najarro.

Primera edición: 2024

ISBN: 979-8-89705-438-1

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright. Cualquier infracción a estos derechos será perseguida conforme a la ley.

Los personajes y eventos descritos en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales, es pura coincidencia.

Presentación de Luis Felipe Alvarado

Ilustraciones: Nancy Coramac

Publicado por Editorial Arjé

Guatemala

*“En cuanto a mí, mi salud es buena, y en cuanto a la cabeza, esperemos que sea cuestión de tiempo y paciencia”*

Escribió Vincent van Gogh a su hermano menor, Theo, durante su estancia en el hospital psiquiátrico de Saint Paul de Mausole entre 1889 y 1890, como consecuencia de un episodio psicótico, desencadenado por su grave consumo de alcohol, que lo llevó a mutilar el lóbulo de su oreja izquierda.

Se cree que van Gogh padecía trastorno afectivo bipolar.

*“El arte es para consolar a los que están destrozados por la vida”*

— Vincent van Gogh



# Contenido

AGRADECIMIENTOS .....	9
PRESENTACIÓN .....	11
PRÓLOGO .....	15
I. Alma fragmentada.....	19
II. Epifanía.....	23
III. ¡El rey del mundo! .....	27
IV. Fantasma.....	31
V. Ferviente guerrero.....	37
VI. ¡Campeona del mundo! .....	43
VII. Atrapada en el recuerdo .....	47
VIII. La máscara .....	53
IX. ¡Vámonos de este mundo! .....	63
X. Mi madre .....	69
XI. Dueña de su destino .....	75
XII. Mi Guatemala: Nunca Más .....	83
XIII. Crisol de emociones .....	93
XIV. Oscura realidad .....	99
XV. Hasta que el olvido nos separe .....	105





## AGRADECIMIENTOS

A mis padres, Anabella y Ricardo, quienes trabajaron incansablemente para que no me faltara nada, a mi abuelita, "la Chata", que me enseñó a amar con su ejemplo, a mis hermanos Rafael y Sofía que siempre creyeron en la realización de mis sueños, y a mi hermana Laura, cuya generosidad ha sido fundamental en mi formación como médico. Su disposición para revisar este libro con tanto detalle, aportando ideas esenciales para su finalización, le agradezco profundamente. No puedo dejar de recomendar su obra *De la opresión a la liberación*, una lectura que, sin duda, resulta un bálsamo para el espíritu.

Agradezco profundamente al Dr. Luis Felipe Alvarado, quien ha sido un maestro en mi formación. En múltiples ocasiones, me ha brindado material inédito que ha enriquecido mi conocimiento sobre la historia de nuestra noble especialidad en Guatemala.

También quiero expresar mi más sincero agradecimiento a mi amiga Nancy. Con ella he compartido y sigo compartiendo momentos inolvidables. Su dedicación y esmero en la creación de las ilustraciones han dado vida a cada uno de los cuentos, elevando su calidad y emotividad.

## PRESENTACIÓN

Durante mis años de servicio en el Hospital de Salud Mental “Dr. Federico Mora” y su revisión histórica previo a su institucionalización, el 10 de marzo de 1890 (Asilo de dementes), se encuentran algunos trabajos que denotaban ya el interés académico en cuanto al estudio de la conducta humana como las tesis de José María Oliveros sobre el Histerismo 1873 y Jesús Bendaña natural de Honduras, hidroterapia como método de tratamiento 1874. No he hallado plasmada una narrativa revestida de acontecimientos clínicos como los del presente libro, con una rica prosa, desarrollando el Dr. Andrés Figueroa Najarro sus ideas con carácter y estilo propio.

Señala uno de los clásicos rusos Fiodor Dostoyevski, nada aprende mejor el hombre que lo que aprende por sí mismo, lo que exige al humano esfuerzo personal y permanente búsqueda del conocimiento.

El ilustre galeno y distinguido colega es médico residente del postgrado de psiquiatría de la Universidad de San Carlos de Guatemala, fundada un lejano 31 de enero de 1676, día que el Rey Carlos II (El Hechizado) concedió la real cédula de su fundación, y el papa Benedetto Giulio Odescalchi (Inocencio XI) expidiera la bula que la consagro como Pontificia Universidad de Goathemala el 18 de junio de 1687, acontecimiento que no puede soslayarse por la importancia académica y social que revistió para la América Hispánica.

A través de la historia, la psiquiatría ha buscado y tratado de explicase la causa y naturaleza de los padecimientos mentales en función de pensamiento, conciencia y acción, las experiencias interpersonales y afectivas, como la incorporación de reglas sociales del entorno o medio. Enfermamos no únicamente por una condición física o biológica, metabólica, genética; juega un papel importante como factor la relación del hombre y su ambiente, y experiencias sociales que determinarán nuestra conducta.

En su libro, el Dr. Andrés Figueroa Najarro, hace una presentación variada y descriptiva de diferentes cuadros clínicos llevándonos por el mundo de la paranoia, término acuñado por Hipócrates, adoptado por la escuela alemana y discutiendo Bleuler en cuanto a su génesis. En sus XV presentaciones describe y

enriquece con múltiples trastornos con originalidad y claridad tales como: deterioro cognitivo, adicciones, estado de pánico, déficit de atención e hiperactividad, carencias afectivas con el consecuente rechazo social e institucionalización, haciéndonos recordar el movimiento antipsiquiatría de David Cooper, Rony Laing entre otros, quienes señalaban pretender curar con pastillas la realidad alienadora de la sociedad.

Deseo dejar a los lectores la inquietud y revisión de este libro, obtener sus propias conclusiones con su objetividad clínica. No quisiera concluir sin mencionar la reflexión de Sir Walter Langdon Brown “Nosotros como todos los animales llevamos huellas residuales de nuestra ascendencia pasada; esto no es menos en nuestros procesos mentales. Para desarrollarnos psicológicamente debemos entendernos a nosotros mismos, para lo cual sería útil encontrar formas de investigar las escondidas profundidades de nuestras mentes, de donde sacamos nuestros impulsos”.

Dejo constancia de mi reconocimiento a mi estimado colega, autor del presente libro, esperando por su inquietud académica y espíritu de hombre de ciencia, nos aporte una pródiga cosecha de conocimientos en el trayecto de su profesión.

Luis Felipe Alvarado Arévalo



## PRÓLOGO

*“El odio no disminuye con odio, el odio disminuye con amor”*

—Buda

Este libro nació del relato mágico de aquellas almas dispuestas a abrirse ante un desconocido. A todas ellas, mi más profundo agradecimiento; este es mi tributo a cada una de sus historias.

El título, aunque peyorativo, busca, a través del morbo que puede suscitar el término “locura”, romper el estigma y guiar al lector hacia lo intangible, pero esencial del ser humano: su alma.

Cuando un ser humano sufre, esconde y se avergüenza, tiene miedo de ser juzgado o, peor aún, menospreciado. Teme que sus dolencias no se tomen como importantes, dignas de atención y, por lo tanto, reprime, término ampliamente utilizado por Sigmund Freud para decirnos que todas las emociones que no expresamos no

mueren, sino, contrariamente a eso, se entierran vivas y emergen después de peores formas<sup>1</sup>.

La salud mental reclama su lugar entre las demás especialidades médicas, pero, más que nada, exige una conciencia colectiva en cada uno de nosotros, para que podamos ser una mano amiga a quienes sienten cómo su cuerpo sufre bajo el peso de un pensamiento enfermo.

Aclaración: He cambiado los nombres y los detalles distintivos de los pacientes para proteger su privacidad; además, estas historias no pretenden ser un relato exacto, sino una recreación que ofrece una guía ilustrativa. A partir de ellas, he construido situaciones representativas con el objetivo de fomentar la reflexión y subsanar el estigma que existe alrededor de la salud mental.

---

<sup>1</sup> *La interpretación de los sueños (Die Traumdeutung)*, publicada en 1899. En este libro, Freud explica cómo los deseos y emociones reprimidos pueden manifestarse en los sueños.







## I. Alma fragmentada

*"Los monstruos más terribles son los que se esconden en  
nuestras almas"* -Edgar Allan Poe

Le preguntaban con cierto asombro: "¿Con quién hablas con tanta delicadeza, paciencia y ternura, como si quisieras mantenerlo en secreto?"

Aunque en las palabras de aquellos preocupados padres se podía empatizar miedo, vergüenza, tristeza y desolación, Inés parecía inconsciente de esto. Y, en cambio, respondía con la pureza propia del alma adolescente, que dialogaba con un vagabundo despreciado que se sentaba a su lado cada mañana, dando oídos a sus palabras con dedicación.

—Este hombre desfavorecido no posee más que su dignidad. Me presta atención como si nada más importara. Su ropa desgarrada refleja las críticas de un mundo implacable. Su cabello áspero contrasta con la suavidad de mi voz, pero, aun así, me escucha, como si quisiera aprender de alguien que no sabe nada

—argumentaba Inés, mientras justificaba con ahínco su conducta errática.

Era extraño que esta conversación ocurriera en el vacío de una habitación fría y solitaria. Las paredes, testigos mudos, presenciaban la necesidad de escucha y entendimiento. Esta habitación se había convertido en el refugio de Inés, un lugar fantástico para sus encuentros con aquel vagabundo al que llamaba Facundo.

—Me pregunto por qué me miran con desconcierto cuando hablo con Facundo. ¿Acaso piensan que estoy loca, o es solamente su resistencia para conocerlo? Sea cual sea su razón, parece que lo juzgan como siempre lo han hecho, y siento que también me juzgan a mí, por haber decidido vivir como él —se solía cuestionar aquella chica, quien desde pequeña mostró cierta fascinación por la soledad.

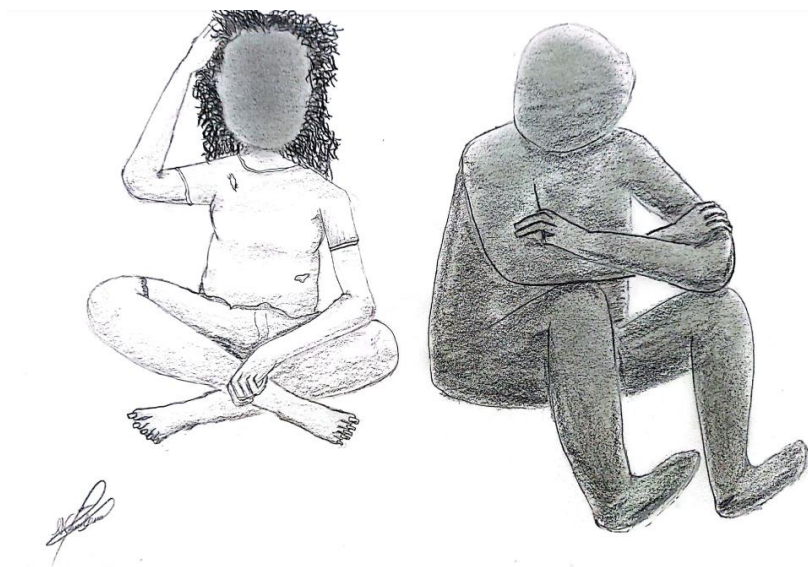
Inés llevaba meses sin bañarse; su aspecto descuidado y desalineado era evidente. El olor que emanaba de su cuerpo recordaba al de una fruta podrida, mientras su cabello se convertía en hogar para pequeños insectos que, en su libertad, se aventuraban a depositar huevecillos, como si estuvieran forjando su propia sociedad en aquel refugio improvisado.

Cada mañana, Inés caminaba descalza sobre la madera húmeda, crujiente y desgastada de aquella habitación. Sus pasos, lentos y cautelosos, temían acercarse demasiado al borde de un precipicio por lo que con sus

alargadas uñas se aferraba a las maltrechas tablas de aquel suelo frágil, buscando destino en el extremo opuesto de la única ventana que cada mañana le recordaba que el mundo exterior, donde la vida aun siguiendo su curso, se mantenía ajena a sus miedos y anhelos.

El único abrigo que ansiaba lo encontraba en el rincón solitario de su habitación en donde se sentaba a dialogar con Facundo, en una conversación que era, en última instancia, un diálogo consigo misma.

Aquel vagabundo, engendrado en la mente escindida de Inés, vivió hasta el día en que ella decidió dejar de darle un lugar en su mundo. Era una realidad compartida, pero también un refugio ante la crueldad del mundo exterior.





## II. Epifanía

Sus sentidos se desgarraban entre el abismo y el vacío, como si sus oídos fueran un embudo atrapando cada gemido del entorno. La discordancia, sin armonía alguna, inundaba su mente, sumiéndola en un remolino de angustia y desesperación, donde la desolación y el tormento reinaban sin piedad.

Los días transcurrían cargados de preocupación y tensión. Consciente de la inminente responsabilidad de salvar al mundo de una catástrofe, según le había encomendado el Dios altísimo, quien le dotó de dones especiales para tal fin. Sin embargo, esta carga venía acompañada por el constante agobio de verse perseguida por criaturas fantasmagóricas, empeñadas en socavar su voluntad y su misión.

—Conozco este mundo —afirmó con convicción—. Es árido, pedregoso y carente de almas nobles. Por el bien común, debo liberarlo de la tristeza que lo embarga en cada rincón.

Hablaba con determinación mientras unos ángeles de majestuosas alas blancas aparecían para custodiarla. Brillaban con la misma intensidad que el sol cada mañana en este mundo sumido en la avaricia y la envidia.

—Han venido para garantizar la ejecución del plan —prosiguió—, y me aseguran que no tema, pues se ocuparán de las horribles criaturas de aspecto indescriptible que intentan entorpecer nuestro camino.

Se dispuso entonces a contener, según su convicción, la violencia que reinaba en aquel lugar, un barrio que se propuso recorrer de oriente a poniente hasta el final de sus días, proclamando en lenguas de fuego que se arrepintieran de todos sus pecados.

—¡Aún están a tiempo de cambiar sus vidas! ¡Rescaten sus almas de las garras del maligno! —exclamaba con gran pesar y congoja.

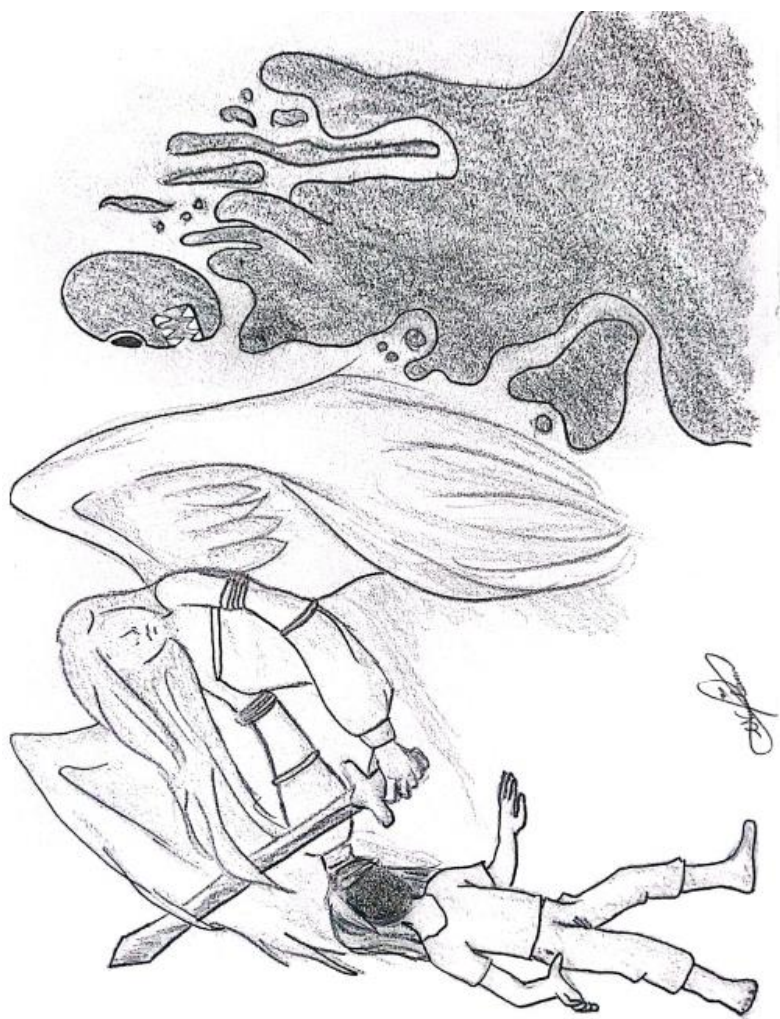
Estaba convencida de que aún no eran almas perdidas y que, si se lo pedían, intercedería por ellos para su salvación eterna. Sabía que el camino no sería fácil; aquellas personas carecían de sentido y estaban sumidas en el materialismo más básico. No comprendían que su rumbo los conducía hacia la perdición, y que sus almas no encontrarían perdón ni salvaguarda de esa manera. Habían elegido vivir sin conciencia, entregados al disfrute sin considerar las consecuencias. A pesar de ello, ella persistía en su misión, segura de que cada



palabra pronunciada podía sembrar una semilla de cambio en aquel paisaje humano desafiante y desolado.

Iba descalza, su cabello se mostraba seco y multicolor, y su piel, tan delgada que parecía desvanecerse con el viento, ya no sangraba. Su vitalidad parecía haberse desvanecido, como si en sus venas ya no corriera sangre, sino un amargo torrente de hiel, bilis y tristeza. En lo más profundo de su ser, sentía que, a pesar de sus esfuerzos por salvarnos, no éramos receptivos. En su lugar, exigíamos su silencio; incluso llegamos a pedir a la policía que la llevara a un manicomio, buscando librarnos de escuchar las palabras que, sin duda, estaban teñidas de culpa y pesar.

En aquella mirada reinaba un abismo de melancolía, donde el reflejo de un océano de desconsuelo se perdía en la oscuridad. Parecía cargar sobre sus hombros el peso de un mundo al borde del abismo, cada lágrima un eco de sufrimiento, cada suspiro un grito sofocado por la desesperación.



### III. ¡El rey del mundo!

Le atormentaba la idea de un día extraviar sus propias huellas, de perderse en la vastedad del tiempo. En lo más hondo de su ser albergaba el pavor de ser arrastrado por la vorágine de la locura.

—Dirán que he enloquecido, como ocurrió con mi padre, un anciano desquiciado y solitario. Me condenarán con las palabras más afiladas, me calificarán con epítetos despiadados, y todo ello vendrá incluso de aquellos que hoy me llaman hijo, sobrino o hermano. Hablarán de mí con lástima, mientras se regodean en su supuesta felicidad, agradecidos de que el peso de la desgracia haya recaído sobre mí y no sobre sus vidas.

Los psiquiatras se apresuraban a explicarle que no todo lo que vivió su padre debía ser su destino, pero sus ojos, que imploraban piedad, solo encontraban oscuridad y adversidad. Sus oídos, que suplicaban un respiro, eran brutalmente sometidos a palabras terribles, desprovistas de cualquier atisbo de compasión.

Aquellos profesionales, lejos de aliviar su sufrimiento, lo arrojaban de cabeza hacia la confrontación más cruda: la verdad de que un torbellino de emociones y la abrumadora energía de su cuerpo podían destrozarse sin el menor atisbo de misericordia, sumiéndolo en un abismo de desesperación y desolación.

—¡No estoy enfermo, no lo estoy! ¡Mi padre lo estaba, pero a mí no me puede estar ocurriendo! ¡Cállense todos! —Sus palabras resonaban en las paredes de aquella lúgubre habitación mientras trataba de comprender la noticia con profunda angustia y resignación. Sus gritos penetraban en los oídos de quienes poblaban ese lugar, ensordecedores, desatando un llanto desgarrador que estremecía incluso los corazones más indiferentes y endurecidos. Era como si presenciaran la desintegración de una vida en mil pedazos, una tragedia que se desplegaba ante ellos sin piedad ni compasión.

No podía entender cómo la enfermedad se atrevía a acecharlo en este momento de plenitud, cuando finalmente sentía que pertenecía al mundo, cuando desafiaba las reglas y abrazaba su libertad con valentía. Justo ahora, cuando por fin se sentía dueño de su destino, se negaba a aceptar que todo lo que amaba y lo hacía sentir vivo podría desvanecerse. Le aterraba pensar que su viveza y su mente lúcida algún día desaparecieran en la oscuridad de su enfermedad,

empezando por la memoria y terminando con la esencia misma de su identidad.

—¡Quieren que me sienta como ellos, pero mis sentidos gritan que los ignore! ¡Quieren imponerme su aburrida normalidad, pero yo la veo como vacía y sin sentido!

—Su voz resonaba con una mezcla de desesperación y rebeldía mientras caía de rodillas y ocultaba su rostro entre las manos para sofocar las lágrimas. —Vivo entre ellos en este mundo, anclado solo por mi cuerpo, mientras mi alma anhela escapar, cortando las raíces de la gravedad para volar junto a las aves que rozan el firmamento. ¡No puedo conformarme con esto!

—¡Estas malditas pastillas me han arrancado todo lo que tenía! ¡Me han robado el aliento, la esencia misma de mi ser! Me han convertido en un despojo, en algo grotesco y despreciable, una sombra de lo que alguna vez fui. ¡Han secado mis fuerzas, han despojado mi existencia de todo sentido y propósito! ¡He perdido todo, absolutamente todo! Pero, en lo más profundo de mi ser, aún arde una diminuta llama de esperanza. ¡Una esperanza de renacer, de experimentar un nuevo vendaval de emociones que me lleve al borde del abismo, que desgarré mi alma y despierte mi espíritu! ¡Aquella fuerza que en el pasado me elevó por encima de esta oscura y empañada realidad, haciéndome exclamar con fervor desafiante: “¡Soy el rey del mundo!



## IV. Fantasmas

Eran poco más de las once de la noche cuando sentí un apetito voraz, incipiente y casi abismal por un trago. Me disponía a dormir en la misma calle de siempre, esa que tiene la iglesia en la esquina y el prostíbulo enfrente, donde veo cómo después de misa algunos van a recibir el abrazo que les fue negado por el Señor.

Fui a la tiendita del barrio. Ya era muy tarde y hacía mucho frío. Creo que eso fue lo que realmente me despertó. Me encontraba recostado sobre mis cartones, abrazando a mi perrita “La Chispa”, tratando de compartir el poco calor que aún teníamos en nuestros cuerpos en esa época del año. Como les digo, ya era tarde, y a esa hora el viejo de la tiendita solo atiende cuando golpean la ventanita cerca de la puerta principal. Me levanté con el mismo pesar de interrumpir un buen sueño por ir a orinar, pero ya la garganta se me estaba secando y el cuerpo empezaba a temblar; eso siempre me pasa cuando no me tomo esas botellas de alcohol. ¡Bah! Como les decía, llegué a la tiendita que se encuentra en la avenida del cementerio. Esa me gusta

mucho porque ya me conocen y no tengo ni que hablar para que me den lo que quiero, y esa noche no fue la excepción. Cuando toqué para anunciarme, el viejo don Gaspar ya se disponía a entregarme en una bolsita de plástico las dos botellas de alcohol puro que siempre me tomo cuando el cuerpo me empieza a temblar.

"¡Ten cuidado, hijo!" Las palabras del viejo don Gaspar resonaban en mi mente con un tono de advertencia urgente. Sus arrugas parecían profundizarse mientras me miraba con preocupación, sus ojos transmitían una mezcla de cariño y temor.

"No bebas mucho", agregó con voz firme, como si cada palabra llevara el peso de una experiencia vivida. Me sentí abrumado por la intensidad de sus palabras mientras me alejaba de la tiendita, incapaz de escapar de la sombra de la culpa que se aferraba a mí. En ese momento, él era más que el viejo dueño de la tienda; era el abuelo que nunca tuve, y su consejo resonaba en mi alma como un eco de sabiduría y preocupación.

¡Ah, pero qué placer! Con la primera botellita, el frío que me dominaba se desvaneció más rápido que un suspiro en la noche. Mi garganta, sedienta de vida, acogió el elixir con anhelo, mientras que mi estómago, fiel compañero de mis desventuras, celebraba con júbilo. En ese instante, sentí como si dentro de mí floreciera el verano, mientras afuera el invierno aún mantenía su cruel reinado. Sin titubear, me entregué a la segunda



botella. Pero ¡oh desdicha!, en lugar de avivar el calor, un escalofrío me invadió, un escalofrío que solo puede surgir cuando sabes que unos matones a sueldo acechan tu paso.

Vi sus rostros: gélidos e inexpresivos, llevaban las marcas de un récord criminal. Querían mi dinero y la cadena de plata que me legó mi abuela antes de morir. Les dije que el dinero ya lo había dilapidado en el trago, y que la cadena era el último vestigio de la mujer más excepcional de mi vida. No obstante, mi defensa fue en vano para ellos. Me golpearon como si les debiera algo. Con maniobras apenas recordadas, logré escapar y correr tan rápido como mis piernas me permitieron. Pero una piedra, ¡maldita piedra!, impulsada con la potencia y puntería de uno de aquellos miserables, impactó mi cabeza, desatando un torrente de sangre sobre mi rostro. Les diré que su sabor era amargo y metálico, muy desagradable. Aun así, proseguí; no podía rendirme tan fácilmente.

De pronto, como si se hubiera desatado un furioso torbellino, irrumpieron otras figuras en la escena. Con rostros endurecidos por la malicia y ojos inyectados en ira, se abalanzaron hacia mí sin vacilar. Mientras forcejeaba para continuar mi escapada, sostenía firmemente a mi compañera canina, "La Chispa", en mi brazo izquierdo, mientras que, con el derecho, intentaba desesperadamente limpiar la sangre que obstruía mi

visión, permitiéndome ver apenas el sendero ante mí y evitar un tropezón fatal.

El insulto y la denigración llenaban el aire, mezclándose con el sonido sordo de los golpes que caían sobre mí. A pesar de mi impotencia creciente, una furia abrasadora ardía en mi interior. ¡Cómo deseaba devolverles el golpe! Pero en el caos de la persecución, cada intento por alcanzarlos se evaporaba en el aire, como si fueran meras ilusiones burlonas.

El miedo me invadía mientras continuaba corriendo. Mis piernas ya no obedecían con la misma urgencia, las sentía entumecidas como si flotaran en el aire. Mis pies, a punto de claudicar, dejaban de avanzar. Sin embargo, la ilusión de escapar era más grande.

Lo recuerdo vívidamente: aquello era una pesadilla. Al menos veinte personas, entre hombres jóvenes, ancianos e incluso niños de la escuela urbana del barrio, venían por mí; vociferaban con furia. "¡Agarren a ese ladrón de joyas, lo queremos vivo o muerto!" La escena me dejaba perplejo. ¿Cómo era posible que tantas personas se conjuraran en mi contra, dispuestas a arrebatarme la cadena de plata de la abuela, la misma que, unos días atrás, pensaba regalar a mi amada como símbolo de mi amor?

No tenía tiempo para reflexionar. La urgencia del momento me empujaba a correr sin mirar atrás; cada paso era una carrera desesperada por escapar del

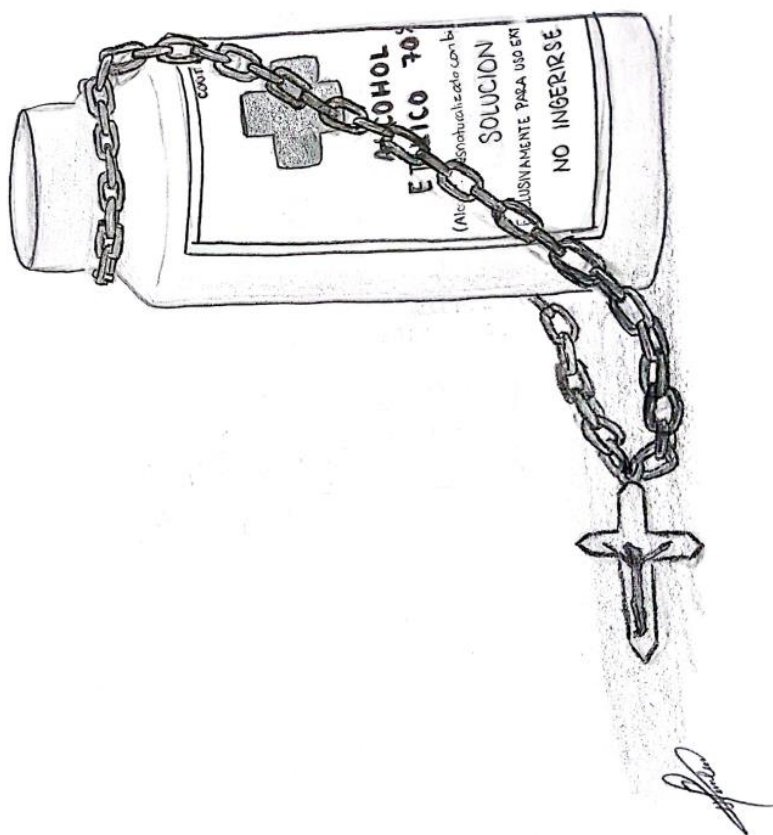
linchamiento que se avecinaba. Finalmente, alcancé el atrio de la iglesia, pero incluso allí la persecución no cesaba. Dicen que me vi obligado a tomar una medida extrema: robar al Cristo del altar y lanzarlo contra mis perseguidores. ¿Pero fue realmente así?

Aunque hago un esfuerzo por recordar, la memoria me falla en ese momento crucial. ¿Acaso fui yo quien perpetró aquel sacrilegio? Las acusaciones se multiplican, aseguran que incluso regresé a la iglesia para saquear las ofrendas y profanar el agua bendita. ¡Falsedades! Grito en mi defensa, clamando inocencia ante los ojos de quienes me señalan como culpable.

Admito haber buscado refugio en la iglesia, pero jamás fui un blasfemo ni un ladrón. Mis acciones parecían motivadas por el instinto de supervivencia, deseaba protegerme de aquellos que, en su ciega ira, buscaban mi destrucción. Así, pues, proclamo mi inocencia ante el tribunal de la conciencia.

No cometí falta alguna. No arrojé a ningún Cristo ni usurpé ofrenda alguna. Jamás profané el agua bendita. Mi deleite radica en el "guaro" y su ardor al deslizarse por mi garganta. La cadena de mi abuela, emblema de su amor y recuerdo, se desvaneció en la confusión. Protegí ese tesoro con ahínco, ¿cómo pudo extraviarse? ¿Acaso la abandoné en manos de los desalmados que me perseguían? Los agentes que me detuvieron alegaron que profané el reino de Dios y condené a su hijo,

lanzándolo a los perros. Sus burlas resonaban en el aire, su desdén me envolvía mientras me conducían a esta sala, donde ahora soy contemplado como un pobre adicto al alcohol. Pero yo los miro a ustedes, no como jueces, sino como mi última esperanza de redención, de liberación de esta tortura que consume mi alma.



## V. Ferviente guerrero

Era ya muy tarde cuando Fulgencio Garnica se dispuso a poner fin a lo que él llamaba la "Tercera Guerra Mundial". La quietud de la noche caía como una ráfaga sobre las calles del lugar que muchos llamaban el "Sexto Estado". Un lugar hermoso donde el frío invernal de diciembre obligaba a todos a resguardarse en sus hogares, tomando chocolate caliente mientras sumergían una rica xeca de jalea en la taza, sin dejar una sola gota de aquella bebida artesanal. ¡Ah, qué buena costumbre!

Mientras esa tradición se repetía en la mayoría de los hogares, en un rincón oculto a cualquier mapa, Fulgencio se encontraba enfrentándose a aquellos que, desde tiempo atrás, venían persiguiéndolo, buscando acabar con su vida. Las sombras de los militares que lo acechaban dejaban fugaces estelas en las paredes de los callejones del centro, iluminadas apenas por la tímida luz de la "luna gardenia de plata". Fulgencio luchaba con fiereza. Cada paso, cada golpe, resonaba como un estruendo en la quietud de la noche. El peso de la

responsabilidad sobre sus hombros era inmenso, un deber que se sentía tan ineludible como una pérdida.

En medio del caos y la confusión, Fulgencio emergió como un héroe improbable, desafiando las probabilidades y desbaratando los planes de sus adversarios. Con cada movimiento, con cada acto de valentía, se acercaba un paso más a la victoria.

Y entonces, en un instante suspendido en el tiempo, Fulgencio se alzó triunfante sobre sus enemigos derrotados, su mirada ardiente con la determinación de alguien destinado a cambiar el curso de la historia. Aquella noche fue testigo de la epopeya de un héroe moderno, cuyo coraje desafiaría el paso del tiempo y sería recordado por generaciones venideras como aquel que puso fin a la vida de Zelensky, el líder emblemático de la resistencia ucraniana.

Todos anhelaban conocerlo, esperaban con impaciencia sus primeras palabras, ansiaban sentir la esencia de aquel hombre que había trastocado el curso de la humanidad, aunque esa realidad pareciera desviada de la nuestra.

"En ese instante crucial para mi destino, declaró Fulgencio con voz solemne, sentí la sangre correr veloz por mis venas, sumergiéndome en un estado de exaltación sin igual. Mis sentidos se agudizaron de manera extraordinaria, como si pudiera ver en los ojos

de mis enemigos la turbación de sus almas, atormentadas por un rencor no dirigido hacia mí, sino hacia aquellos que me habían confiado proteger con mi propia vida".

Sus palabras eran duras, sin un ápice de remordimiento, golpeaban como látigos en el aire, cargadas de desdén y frialdad. Su voz, un rugido contenido, resonaba en la habitación como el eco de un alma perdida, mientras desataba una tormenta de furia y resentimiento. Años atrás, su peculiar comportamiento lo había sumergido en un torbellino de ira y desesperación, donde el destino y la responsabilidad pesaban como cadenas, enloqueciendo su mente y encendiendo un fuego oscuro en su interior.

Desde pequeño, Fulgencio había arrastrado una infancia difícil. Siempre se alejaba de sus compañeros, quienes lo tildaban de "raro", "escarabajo" y "loco". Para aquellos pequeños bufones, estos apelativos parecían adecuados para un niño que, en lugar de jugar, prefería buscar la eterna sabiduría mirando hacia el poniente, creyendo que el viento le traería respuestas. Esta búsqueda lo persiguió hasta el fatídico día en que un humilde hombre llamó a su puerta ofreciendo tabletas de chocolate para aplacar el frío de la noche.

"En la encrucijada de la noche," recordaba Fulgencio, "sentía a mis enemigos acechando, conocedores de mi

posición. Su presencia se filtraba en cada rincón, incluso en los pliegues de la realidad cotidiana. Los veía reflejados en las sombras que se alargaban en la penumbra. La amenaza era palpable; escalofríos constantes recorrían mi espina dorsal mientras mi corazón se aceleraba, casi queriendo salir por mi garganta. Era hora de actuar, de trazar una estrategia que me permitiera enfrentar el peligro con valentía."

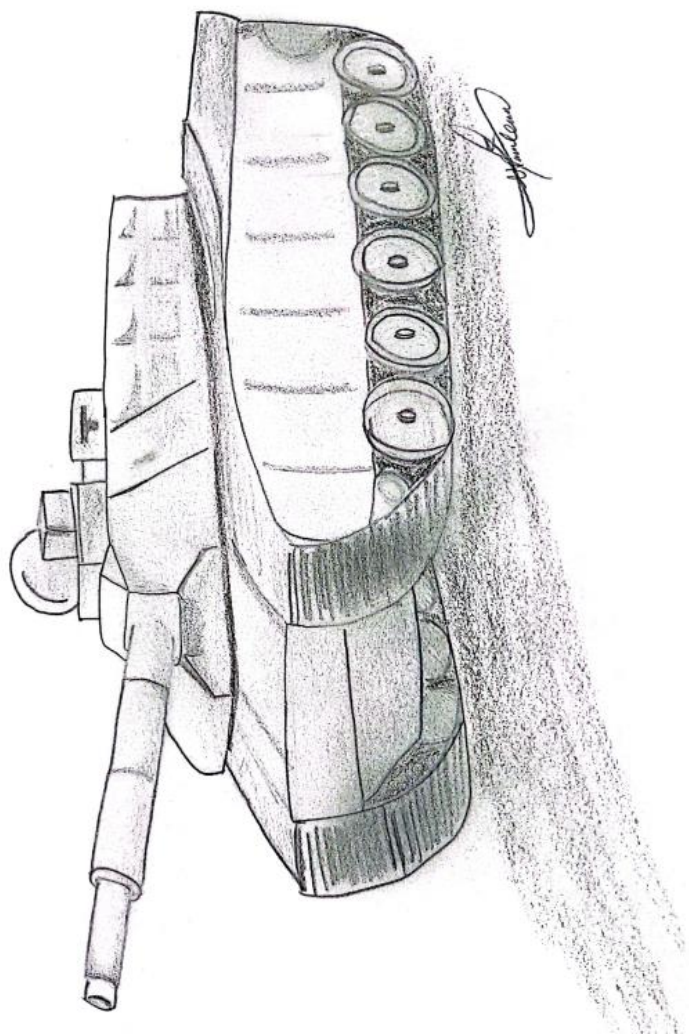
Fulgencio se encontró solo, en medio de una batalla que parecía cuestionar los límites de la realidad compartida. Los drones enemigos invadían el cielo, descubriendo su paradero. Cada momento era una lucha por sobrevivir, una prueba de resistencia física y mental que amenazaba con desgarrar su alma. Los ucranianos parecían ir siempre un paso adelante, mientras la estrategia militar rusa naufragaba en la incertidumbre de su temido militante quetzalteco.

Entonces, en medio del caos, apareció Zelensky, el líder de la resistencia ucraniana, montado en su coloso de metal y fuego. Fulgencio sabía que este sería su último desafío, su última oportunidad de redención en medio del horror y la destrucción que lo rodeaba. El mundo no estaba preparado para presenciar aquel enfrentamiento. Los dos guerreros se dispusieron en un choque titánico, sus mentes entrelazadas en una batalla de voluntades que amenazaba con romper el tejido mismo del universo.



Esa noche, Fulgencio se convirtió en un símbolo de esperanza en un mundo sumido en la oscuridad, una luz brillante en medio de la noche insaciable. Y aunque la guerra aún no había terminado, Fulgencio sabía que su lucha había cambiado el curso de la historia para siempre.

Aquel héroe pronto se encontró recluso en un extraño lugar, rodeado de figuras desconocidas y murmullos incesantes. Aunque herido y exhausto, su mente aún bullía con el recuerdo de la guerra. En su confusión, comenzó a creer que aquel lugar era en realidad un refugio político, un santuario donde las sombras del pasado no podían alcanzarlo. Se aferró a esta ilusión con desesperación, convencido de que cada mirada furtiva y cada conversación susurrada eran señales de su protección. Sin embargo, en los momentos de lucidez, una sensación de vacío se apoderaba de su ser, recordándole la fragilidad de su cordura.



## VI. ¡Campeona del mundo!

"¡Veloz como un relámpago, sus pasos trazaban una estela de estrellas centelleantes a su paso! En esa mañana, en tierras lejanas, las multitudes se postraban ante ella, una mujer que nunca había sido reconocida, ¡ni siquiera mirada!"

Desde pequeña, Esperanza era una niña inquieta, siempre en movimiento. La aritmética y el lenguaje le presentaban desafíos, como obstáculos en su camino. Sin embargo, en su corazón ardía una energía desbordante, una pasión incontenible por el atletismo. Desde temprana edad, se erguía como reina y dominaba cada competencia con gracia y fuerza, como si hubiera nacido para correr.

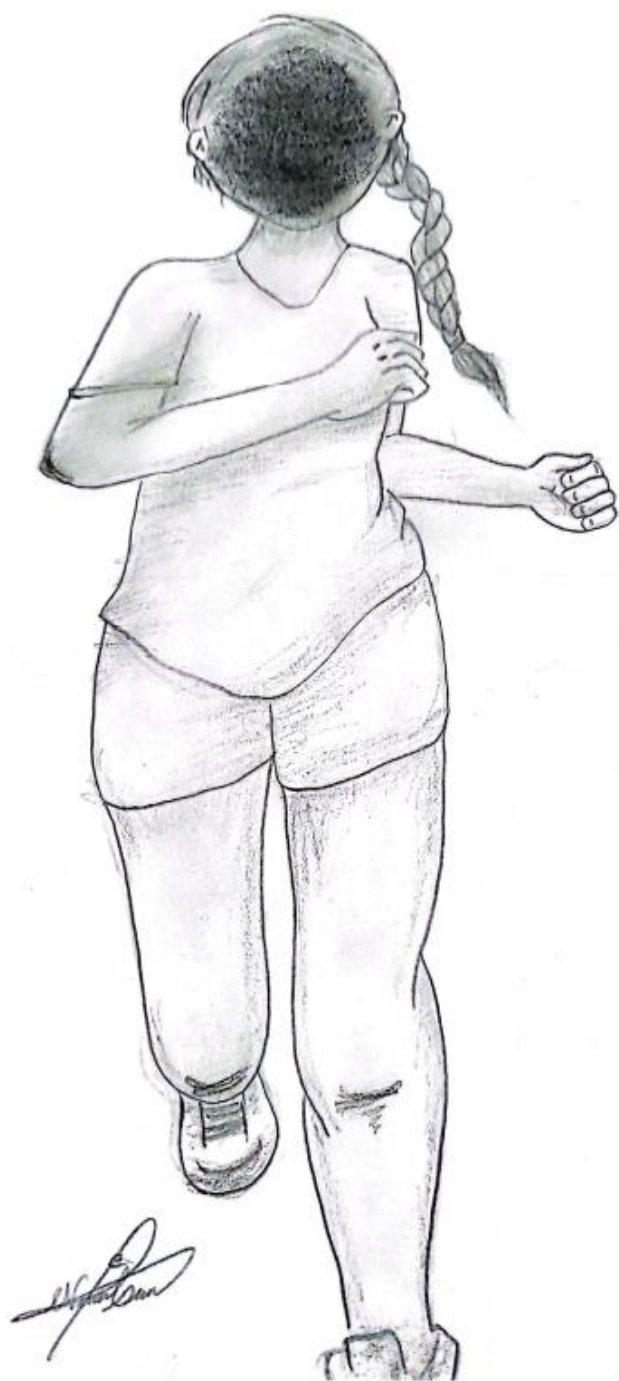
Aquella campeona mundial, en contraste con el estereotipo de los campeones de alta cuna, dio sus primeros pasos en un entorno empobrecido, marcado por carencias materiales y, especialmente, afectivas. Esta triste realidad, trágicamente normalizada en nuestro país, escondía una dolorosa verdad: Esperanza era marginada incluso dentro de su propia familia. Allí, los

hijos eran considerados más como una fuente de ingresos que como seres queridos; su nacimiento no fue motivo de alegría, sino de preocupación por su capacidad para trabajar y ganar dinero. Ser una niña en lugar de un niño fuerte suponía un auténtico desastre en este contexto desfavorecido. Estas personas estaban siempre sometidas a la crítica y al escrutinio externo, siendo consideradas parásitos por aquellos cuyas manos están llenas de riquezas mal adquiridas, temerosos de perderlas en beneficio de aquellos menos privilegiados.

La vida de nuestra campeona es un guion tan cargado de obstáculos que ni siquiera Hollywood podría haber concebido, merecedor del premio más anhelado. Desprovista de una educación digna, su hogar era un caos sin orden ni respaldo. Pero más allá de esas paredes, enfrentaba el desprecio de quienes la veían como una desdichada, incapaz de valerse por sí misma. Siempre necesitada de la ayuda de otros para las tareas más básicas, parecía destinada a luchar contra problemas que para otros eran simples trivialidades. ¿Quién hubiera pensado que actividades tan comunes como hacer la compra, pagar las facturas y confiar en la bondad ajena se convertirían en sus mayores desafíos? Su inocencia, rebosante de pureza, pero también de vulnerabilidad, era su única arma en un mundo tan implacable como real. Cada adversidad, cada tropiezo, solo agregaba un nuevo capítulo a su tragedia personal, pero también avivaba la llama de su determinación.

Aunque el mundo pareciera estar en su contra, ella nunca flaqueó, convirtiendo su vida en un épico relato de lucha y coraje.

Con todo aquello detrás de ella y un ímpetu único, Esperanza ascendió al avión que fungiría como su corcel, llevándola a un país completamente distinto al nuestro: uno al norte de nuestro continente. Un lugar que, tras su fachada de oportunidades, ocultaba su verdadero rostro de explotación. Como habría dicho un antiguo dictador venezolano, un país que exhala un aroma a azufre. Para aquella campeona, sería el escenario perfecto para presentarse ante el mundo, donde sus pasos quedarían grabados en cada una de las calles por las que corría libre y sin ataduras. Calles que siempre recordarán a una campeona guatemalteca que ahora reside en un hospital, después de tantas mudanzas, hallándose en medio de un centro carcelario y un barranco. Un despeñadero que se desmorona cada invierno, amenazando con socavar cualquier cimiento.



## VII. Atrapada en el recuerdo

¡Sabía que no me iba a morir! Era ilógico siquiera pensarlo. Sin embargo, de repente, ya sea estando entre todos o incluso a veces estando sola, el corazón parecía querer salirse de mi pecho, arrastrando consigo toda mi alma. Con esto les digo, hasta mi último suspiro.

¡Mis manos sudaban como si fueran arroyos, y mi estómago se retorció, ahogando mi respiración! Sentía cómo mis pulmones luchaban por cada bocanada de aire. Mientras tanto, una horda de hormigas marchaba desde los rincones más remotos de mis extremidades hacia mi cabeza, que era aplastada desde adentro con la fuerza de un huracán por mi propia masa cerebral. ¡Era como si mis ojos estuvieran a punto de ser expulsados de sus órbitas! Todo parecía converger en un abismo sin fondo. Pero en el momento más álgido, en medio de la tempestad que me había azotado con su furia despiadada, llegaba desde lo más profundo, quizás del cielo mismo, una calma inesperada, como un remanso en el violento torrente que amenazaba con arrastrarme hacia la locura.

Dice un proverbio Zen: “El despertar de los pensamientos es enfermedad; no perseguirlos es medicina.”<sup>2</sup>

Con solo detenernos un breve momento en reflexión, podemos percatarnos de que gran parte de nuestras acciones se fundamentan en pensamientos que surgen automáticamente en nuestra mente. Estos pensamientos tienen su origen en eventos que ocurrieron en las primeras etapas de nuestras vidas. Si estos pensamientos se ven contaminados, es muy probable que contaminen nuestra conducta. Tal como le ocurrió a Sara, quien experimentó un suceso inexplicable que comenzó a repetirse con frecuencia.

Los mejores años de aquella niña se deslizaban entre sus dedos cuando una nube negra, cargada de truenos ensordecedores, cubrió todos sus sueños. En aquel fatídico día, como todas las mañanas tras el desayuno con sus hermanos, Felicia se encaminó hacia el patio trasero de su hogar para visitar el huerto que años atrás había sembrado junto a su querida abuela Matilda, a quien extrañaba con una intensidad que igualaba al último momento en que sus manos se entrelazaron.

---

<sup>2</sup> La frase "El despertar de los pensamientos es enfermedad; no perseguirlos es medicina" no es una cita directa de un texto clásico específico del Zen, pero refleja principios centrales de la filosofía Zen y del budismo en general.



Aquella mañana, los padres de Sara decidieron visitar a unos primos recién llegados al vecindario. Le propusieron acompañarlos, asegurándole que se quedarían a almorzar una jugosa carne asada con papas fritas, justo como a ella le encantaba. Sin embargo, tentada por la oferta, que en otro momento no la habría hecho dudar, Sara les respondió que los alcanzaría más tarde. Optó por quedarse en casa, dedicándose en ese momento a regar y cantarle a los lirios y tulipanes del jardín, flores que tanto le recordaban a su abuela, quien cumpliría años al cabo de esa semana.

Había pasado apenas una hora cuando Sara, todavía en el huerto, percibió el estruendo de la puerta al cerrarse con una violencia poco común, un sonido que atrajo de inmediato su atención.

—¿Será posible que mis padres hayan dejado la puerta abierta y el viento la haya azotado con tanta fuerza? —se preguntó con un escalofrío recorriendo su cuerpo. Sin embargo, esa explicación, aunque plausible, no lograba disipar sus dudas en ese momento. Así que decidió proceder con cautela, avanzando sigilosamente por el jardín, con la esperanza de toparse con un rostro conocido que, en medio de la tensión, le brindara un atisbo de consuelo, sin importar de quién se tratara.

Con pasos cautelosos, avanzó hacia la cocina, donde agarró uno de los bates de béisbol que su padre solía empuñar en las tardes de juego con su hermano menor.

Este objeto, más que un arma, le brindaba una frágil sensación de protección en medio de la oscuridad opresiva que parecía envolver la casa. Cada crujido del viejo suelo de madera resonaba como un eco siniestro en sus oídos, recordándole que no estaba sola en aquel lugar.

Con la emoción palpable en su pecho, se aventuró hacia la sala, donde reinaban paz y orden. Sin embargo, cualquier rastro de serenidad se desvaneció ante la certeza de que algo no estaba bien. Temerosa de lo que podría encontrar, no se atrevió a pronunciar ni siquiera un susurro, manteniéndose en silencio, a la espera de cualquier indicio de peligro.

La atmósfera se tornaba cada vez más densa, y un miedo indescriptible la envolvía por completo. Decidió que era mejor abandonar la casa cuanto antes, pero justo cuando estaba a punto de dar el primer paso hacia la salida, un destello en el espejo de la sala captó su atención.

En el reflejo, vio una figura oscura moviéndose con rapidez hacia ella. Sus músculos se tensaron, su corazón latía desbocado en su pecho. Antes de poder reaccionar, el hombre la alcanzó con una mano enguantada, sus dedos fríos y ásperos sujetaron con fuerza su cuello, mientras con la otra empuñaba el bate que ella misma había tomado para defenderse. En un instante de terror absoluto, el bate descendió con violencia, impactando

contra su cabeza con un crujido sordo, y todo se sumió en la oscuridad abrumadora de la inconsciencia.

En ese instante, la vida de Sara se tornó en un oscuro laberinto de infortunios. Desde aquel fatídico día, un recuerdo lacerante se incrustó en lo más profundo de su ser, una memoria que la persiguió como una sombra implacable. Su alma temblaba, como si estuviera poseída por el propio miedo que la había invadido en aquella ocasión. Pero eso no era todo. En su camino, encontró una familia marcada por la culpa, una culpa que los consumió hasta el último aliento. Sus padres, atrapados en las fauces de una depresión abismal, arrastraron consigo a Sara hacia un abismo de desesperanza y desolación. Una herida abierta, aún fresca y sangrante, se alojó en su pecho, inundando su existencia con pesadillas, memorias atormentadoras y una incertidumbre palpable hacia el futuro. Su vida, una vez plena de amor, trabajo y alegría, se convirtió en un escenario desolado, donde los ataques de pánico, como bestias salvajes, la acechaban sin tregua. En medio de esta tormenta emocional, Sara se encontraba sola, perdida en un mar de dolor y desesperación, sin encontrar una salida a su sufrimiento.

“Se dirigió entonces hacia ellos, con la cabeza baja, para hacerles ver que estaba dispuesto a morir. Y entonces

vio su reflejo en el agua: el patito feo se había transformado en un soberbio cisne blanco”<sup>3</sup>.



---

<sup>3</sup> Esta cita proviene del cuento "El patito feo" de Hans Christian Andersen, que narra la transformación del patito feo en un cisne hermoso, simbolizando la superación personal y el descubrimiento de la verdadera identidad. "El patito feo" fue publicado por primera vez en 1843.

## VIII. La máscara

Había una vez un niño muy querido por sus padres y hermanos. Con cariño, lo llamaban el pequeño "Demonio de Tasmania", recordando la caricatura de los "Looney Tunes"<sup>4</sup>. Cada cosa que hacía parecía estar impulsada por una energía incontrolable, como si tuviera un motor interno que lo movía constantemente.

Nos costaba mucho no reírnos de sus frecuentes olvidos y distracciones, que se volvieron parte de nuestra vida cotidiana. Sin embargo, su comportamiento era impredecible: parecía incapaz de entender las reglas de la escuela o cómo comportarse en reuniones familiares. Nos entristecía profundamente escuchar comentarios como "¡Qué maleducado ese niño!", "Díganle que se esté quieto" o "Es un berrinchudo". Nos dolía mucho que nuestra propia familia lo rechazara por características que, para nosotros, eran simplemente parte de su personalidad, decía su hermana Grettel con tristeza.

---

<sup>4</sup> El "Demonio de Tasmania" es un personaje de las caricaturas de los Looney Tunes, conocido por su naturaleza salvaje, energía desbordante y su característico giro en forma de tornado.

Thiago, el más joven de los hijos de Gustavo y Aminta, nació en medio de incertidumbres. Ese embarazo, que no estaba planeado, se convirtió en la alegría que esperaban, la séptima bendición de una familia que antes no había podido tener un hijo varón. Sin embargo, en el segundo trimestre del embarazo, Aminta contrajo un fuerte resfriado causado por el virus de la influenza<sup>5</sup>, lo que marcó el inicio de una serie de complicaciones. A partir de entonces, Aminta enfrentó muchas emociones y riesgos. Las náuseas y los sangrados irregulares fueron las primeras señales de que algo no estaba bien. Con cada visita al médico, la preocupación aumentaba, hasta que recibieron una noticia terrible: un coágulo impedía que la placenta se implantara correctamente, amenazando la vida del bebé. Pero eso no fue todo. Días después, recibieron otra mala noticia: los orificios de su cérvix se estaban dilatando, lo que aumentaba el riesgo de perder al bebé. Esto sumió a Aminta en una profunda angustia y desesperación. Entre lágrimas y oraciones, luchó por la vida de su hijo, mientras su esposo, Gustavo, enfrentaba impotente la tormenta emocional que sacudía a su familia.

Aminta pasó seis meses prácticamente encerrada, bajo cuidados extremos que la limitaban a los confines de su propia casa. Cada movimiento era un reto, cada día una lucha contra el dolor y la incertidumbre. El tratamiento

---

<sup>5</sup> Existen estudios que sugieren una posible relación entre la exposición al virus de la influenza durante el embarazo y un mayor riesgo de trastornos del neurodesarrollo, como el Trastorno por Déficit de Atención e Hiperactividad (TDAH), en la descendencia.

que le recetaron era doloroso y costoso; debía inyectarse un anticoagulante alrededor del ombligo, como si cada pinchazo fuera un intento desesperado por evitar un destino incierto.

El procedimiento que le hicieron en el hospital, debido a la urgencia, reveló una realidad devastadora: una "incompetencia cervical". Las palabras de los médicos sonaban como una sentencia, anunciando un peligro para la vida que se gestaba en su interior. El cuello uterino, debilitado, se dilataba antes de tiempo, desafiando la esperanza y acercando un desenlace trágico. En la semana trece de embarazo, el amor de aquella familia pendía de un hilo, en un frágil equilibrio entre la vida y la muerte.

Con gran temor, Aminta aceptó someterse a un procedimiento crítico que le ofrecía la posibilidad de retrasar un parto que amenazaba con llegar mucho antes de lo previsto.

Parecía que el tiempo estaba en su contra. El cirujano luchaba por mantener la esperanza de aquella humilde familia, suturando con precisión el cuello uterino de Aminta para detener el avance imparable del aborto. Cada puntada era una batalla contra la fatalidad, un esfuerzo desesperado por preservar la vida que se escapaba entre sus manos.

En medio de la tensión y el miedo, Aminta no perdía la esperanza; se resistía a perder a aquel angelito contra

todo pronóstico. Ese anhelo la mantenía viva, especialmente a medida que pasaba el tiempo y se acercaba el nacimiento de su bebé.

En el hospital, la tensión saturaba el aire mientras Aminta enfrentaba su destino. Siete meses habían pasado desde que supo que estaba embarazada; esta vez, una nueva hemorragia indicaba que sería necesario programar una cesárea para intentar salvar la vida de aquel muchachito.

Unas inyecciones para madurar los pulmones del pequeño eran tan necesarias como la terminación del embarazo. Los médicos esperaban de esa forma anticiparse a posibles problemas respiratorios que pudieran afectar al bebé, dificultándole los primeros días fuera del vientre de su madre.

Finalmente, cuando el llanto de su bebé resonó en la habitación, Aminta sintió un alivio y felicidad indescriptibles. Su pequeño milagro había llegado, superando todas las adversidades para llenar su vida de amor y esperanza.

Sin embargo, aquel difícil embarazo había dejado sus huellas en "Thiaguito", quien, desde muy pequeño, se mostraba inquieto, lloraba mucho y dormía poco. A medida que pasaban sus primeros años de vida, las cosas solo empeoraban; cualquier actividad resultaba más difícil para él.



Le daba por correr de una habitación a otra sin un propósito claro; interrumpía conversaciones y actividades familiares, queriendo participar donde no lo llamaban. En la escuela, tenía dificultades para quedarse sentado en su silla, se levantaba con frecuencia, como sucedía en casa hablaba sin que se le pidiera y tenía problemas para seguir las instrucciones del profesor, quien a menudo se quejaba de su conducta.

Sus maestros y compañeros se quejaban de él, con la misma constancia que se forma un arcoíris cuando llueve en días soleados. “Thiago es un problema, parece que no entiende nada”, lo señalaban palabras llenas de desprecio, como si fueran dardos lanzados directamente a su corazón.

Thiago escuchaba esos comentarios como golpes, traicionando su confianza, dejando cicatrices invisibles pero profundas. Se sentía como un náufrago en un mar de críticas y reproches, sin un puerto seguro al que aferrarse.

El peso de las expectativas incumplidas y la aplastante soledad no le dejaron otra opción que la de abandonar la escuela para evitar seguir sufriendo.

—Nuestro muchacho era extremadamente inquieto —susurraban sus padres en el frío consultorio del psiquiatra, mientras sus ojos albergaban una húmeda tristeza. Se negaban a admitir que aquel niño, lleno de energía y deseos, de pronto había decidido apartarse de

todos, encerrándose "sin razón" en su habitación, permaneciendo ignorado y enajenado de la realidad, mientras quienes debían cuidarlo y protegerlo no daban crédito de su sufrimiento.

El cautiverio de aquel joven culminó un día, justo cuando se cumplían ocho meses desde la última cena familiar. De repente, Thiago salió de su habitación con la ferviente intención de llegar a la cocina y tomar un cuchillo afilado con sus manos temblorosas; deseaba ansiosamente acallar las voces que lo atormentaban, diciéndole que aquellos sujetos (sus padres) lo tenían preso en un calabozo.

Del cuerpo de Thiago salía expedido un terrible olor a sudor y mugre acumulada. Su largo y desalineado cabello descansaba sobre las escápulas, que ya sobresalían de la continuidad de su espalda. Su mirada, perdida, reflejaba un alma maltrecha y sumida en la desesperanza.

—Fue una prueba dura para nosotros, ¿sabe? En el campo, estas cosas pasan desapercibidas. Todos nuestros hijos siempre habían sido 'sanitos'; no podíamos entender por qué Dios nos castigaba de esa manera.

—Siempre le decía a Thiago: “Mijo, salí del cuarto, vení a comer tus frijolitos con tus hermanas”. Pero ahora que lo pienso, pocas veces recibí respuesta —se repetía

Aminta, mientras se culpaba por no haber notado que su hijo se alejaba de ellos cada vez más.

—Me tranquilizaba ver siempre los platos limpios; supuse que era porque se lo comía todo, pero ahora que lo veo flaquísimo, con los huesos saltados, me doy cuenta de lo mal que estaba —sollozaba entre lágrimas una madre destrozada por la cruda verdad que la dejaba fría y con la piel chinita.

Thiago se encontraba atrapado en pensamientos oscuros, intrusivos, recurrentes y molestos que lo desesperaban profundamente, taladrándole la cabeza como voces que no hacían más que humillarlo y hundirlo en la soledad de aquel lugar. Cada insulto resonaba en su mente, dejándolo al borde de la locura.

La depresión lo envolvía con su manto frío y pesado, limitando sus movimientos y haciéndolos más lentos. Con cada día que pasaba, la esperanza de verse recuperado se difuminaba, alejándose de sus deseos.

El psiquiatra decidió que lo mejor para Thiago era ingresarlo en un sanatorio para alienados<sup>6</sup>, donde un equipo de médicos y terapeutas trabajaría en conjunto

---

<sup>6</sup> El término "alienados" fue popularizado por el psiquiatra francés Philippe Pinel en el siglo XIX. Utilizado para referirse a personas que habían perdido la razón o que estaban "enajenadas" mentalmente. Para una mejor comprensión del término, se invita al lector a consultar *Traité médico-philosophique sur l'aliénation mentale ou la manie* (Tratado médico-filosófico sobre la alienación mental o la manía), publicada en 1801.

para ayudarlo a transformar el sufrimiento causado por su profunda depresión en una herramienta de resiliencia para su vida.

Después de unos meses, la recuperación de Thiago se hizo evidente, permitiendo su reincorporación a la escuela. Con el paso de los años, y ahora consciente de sus diferencias, desarrolló un pensamiento crítico hacia finales de su adolescencia.

—Cada niño debe encontrar su melodía, con su propio ritmo y estilo. La escuela no es más que un marco que debería facilitar este encuentro —decía aquel muchacho que, para entonces, se había convertido en uno de los mejores estudiantes del instituto.

Al final de su larga estancia en el sanatorio, Thiago recibió un diagnóstico que cambiaría la vida de él y de su familia. Los médicos concluyeron que esa gran tristeza, que al principio lo había llevado a apartarse de los demás, era en realidad una forma de adaptarse a sus dificultades para prestar atención y permanecer en silencio mientras los docentes daban instrucciones. Pronto determinaron que esa tristeza, que se transformó en una gran frustración a medida que se rezagaba más y más de sus compañeros, se había convertido en una profunda depresión que enmascaraba más que evidente Trastorno por Déficit de Atención e Hiperactividad (TDAH).

Thiago sabía que el camino sería como un laberinto, pero no podía quedarse de brazos cruzados, reconociendo que como él había muchos niños luchando en silencio. Cada paso que daba estaba lleno de propósito.

En las aulas de la Facultad de Humanidades se forjó un valiente joven de corazón inquieto que tras mucho esfuerzo logró convertirse en profesor de enseñanza media. El TDAH había sido su tema de tesis, además galardonado con el premio a mejor trabajo de graduación de aquel tiempo.

Pronto se vio a cargo de programas escolares en donde empezó a usar métodos de enseñanza más dinámicos, con descansos cortos entre las actividades académicas e incorporando espacios libres para la creatividad con la finalidad de mantener a los estudiantes interesados e involucrados con su proceso de aprendizaje<sup>7</sup>.

Para Thiago, el verdadero logro no fue solo convertirse en profesor, sino también ayudar a que otros niños tuvieran una oportunidad justa de aprender y crecer, cada uno a su manera.

---

<sup>7</sup> *Centers for Disease Control and Prevention* (CDC): En sus guías y recursos para padres y educadores, el CDC destaca la importancia de incorporar descansos cortos y actividades físicas para ayudar a los niños con TDAH a mantenerse enfocados.

—13 de julio, Día mundial del Trastorno por Déficit de Atención e Hiperactividad.<sup>8</sup>



<sup>8</sup> ADHD Europe, por sus siglas en inglés, es una organización paraguas que agrupa a diversas asociaciones de apoyo al TDAH en Europa. Esta organización promueve la concienciación sobre el TDAH en varios países europeos y ha sido una de las impulsoras del reconocimiento del 13 de julio como Día Mundial del TDAH.

## IX. ¡Vámonos de este mundo!

Regresé una vez más al mundo que había creado mi necesidad de LSD<sup>9</sup>, un mundo desprovisto de tristeza y dolor, donde los colores vibraban con intensidad y la realidad se desdibujaba. Me sentía elevado, como si pudiera tocar el arcoíris y atravesarlo como un puente hacia la distancia, dejando atrás todo resentimiento, desesperanza y culpa. Era un éxtasis embriagador que me sumergía en una ilusión de paz y libertad, alejándome de las sombras de la vida cotidiana.

Aún puedo sentir el peso de aquellos momentos, el dolor abrumador que se apoderaba de mi corazón. Mis hijos, que una vez llenaron cada rincón de mi vida con risas y alegría, se habían marchado. Y luego, el golpe devastador de perder a Judith, mi amada esposa, en aquel trágico accidente de tren. Estábamos en camino hacia nuestra celebración de aniversario, ilusionados por renovar nuestros votos y recordar todos esos años juntos. Pero en un instante, todo cambió. La tragedia nos

---

<sup>9</sup> Dietilamida de ácido lisérgico: es una sustancia psicoactiva que pertenece a la clase de las drogas alucinógenas.

arrebató ese futuro compartido, dejándome sumido en un abismo de dolor y desolación.

En aquel fatídico día, el eco del dolor resonaba en cada rincón de mi ser, mientras mi corazón se desgarraba en innumerables fragmentos. Cada pedazo destrozado dejaba una herida profunda, y el abandono de cada latido por ella parecía un lamento silencioso en mis oídos. Cuando me uní en matrimonio a Judith, sabía que nuestro amor solo sería interrumpido por el destino más implacable, pero nunca imaginé que ese día llegaría tan repentinamente, como un rayo en la oscuridad de la noche, arrasando todo a su paso.

Ese rayo de tragedia sacudió cada fibra de mi ser, llevándose consigo a mi amada y dejándome con una sensación de vacío y desolación. El desasosiego y la tristeza llenaron mi ser mientras enfrentaba el doloroso recuerdo de mi fracaso en el último momento. Revivo con amargura esa última noche juntos, cuando en lugar de despedirnos con un gesto de amor, nuestras palabras se transformaron en cuchillos que hirieron nuestros corazones, alimentando una discusión sin sentido, pero cargada de resentimiento. Incluso ahora, ese recuerdo me sigue atormentando con la misma fuerza.

En la profundidad de mi dolor, busqué consuelo en los recuerdos de Judith. Su partida repentina me sumergió en una negación obstinada, como si negarme a aceptar su ausencia pudiera traerla de vuelta a mi lado.



Nuestro encuentro en la facultad de veterinaria fue un momento que iluminó mi vida, un encuentro casual que cambió mi rumbo. Ese día, en la jornada de vacunación que había organizado la universidad, cada instante parecía tener una magia especial, como si todo conspirara para unirnos. Judith, con su cabello castaño ondeando al viento, parecía irradiar sabiduría y energía, atrapándome desde el primer momento en que la vi.

Cada uno de sus gestos, cada palabra, resonaba en mi interior como una melodía hermosa. Sus ojos, grandes y brillantes, irradiaban una luz que parecía guiarme en la oscuridad. A su lado, me sentí vivo de una manera que nunca había experimentado, como si todo adquiriera un nuevo significado y propósito.

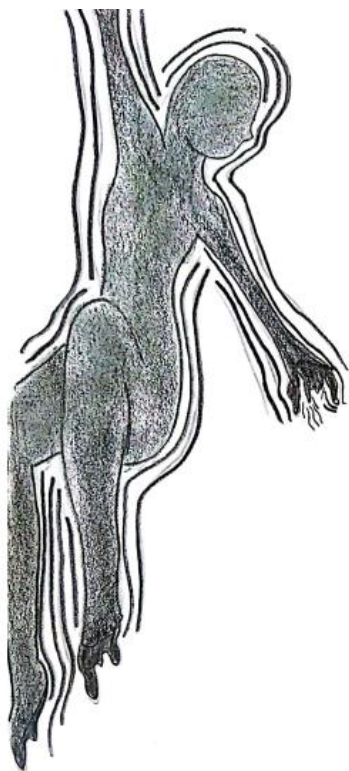
El viento susurraba secretos entre los mechones de su cabello, como si la naturaleza misma estuviera celebrando nuestro encuentro. Y en medio de esa danza de cabellos y destellos en los ojos, nuestros corazones se encontraron en un abrazo silencioso, pero profundo, donde el tiempo parecía detenerse y el universo entero se inclinaba ante el poder del amor.

Pero ahora, todo eso ha desaparecido. En el entramado actual de la memoria, solo queda el eco de nuestra historia, un eco que resuena con la intensidad de un suspiro. Por eso, me sumerjo en las profundidades de la experiencia que me brindan los cuadritos de LSD, donde su presencia adquiere vida ante mis ojos, como un sueño

hecho realidad, como un faro luminoso en mi noche oscura.

Anhelo recorrer junto a ella senderos desconocidos, lejos del tedio de la rutina y la sombra de la desesperanza que se cierne sobre mi corazón. Si es necesario recurrir a estas sustancias para avivar su imagen una vez más, que el tiempo se estire en un abrazo eterno, donde podamos explorar juntos un universo de colores y emociones, donde el arcoíris se erija en nuestro refugio sagrado y la noche nos envuelva con su manto protector.

No deseo despertar otro día sin su presencia, sin sentir la dulce calidez de su amorosa cercanía a mi lado, sin perderme en el eco de su risa y en la melodía de sus palabras. Que cada amanecer me encuentre junto a ella, en un eterno vals de amor y complicidad.



*Handwritten signature*



## X. Mi madre

En un país donde la cultura local tiene más peso que cualquier política de salud que no comprende la realidad del lugar, el 60% de todos los partos a nivel nacional son atendidos por un grupo de valerosas mujeres conocidas por sus nietos e hijos como “hadas madrinas”, “abuelas”, “comadronas” o “Iyom” (aquella que encuentra el equilibrio y la armonía entre las familias)<sup>10</sup>. Como señala Angélica Sacabajá, representante del Movimiento Nacional de Abuelas Comadronas “Nim Alaxik” (Sabiduría Ancestral), su mantra es claro: “La abuela comadrona nace, no se

---

<sup>10</sup> United Nations Population Fund (UNFPA). (2016). *Tapping into the power of midwives to reduce maternal mortality in Guatemala*. Fondo de Población de las Naciones Unidas. Disponible en: United Nations Population Fund. (n.d.). Home. UNFPA. Retrieved [18 de enero de 2024], <https://www.unfpa.org/>; Este es un artículo que resalta que en Guatemala el 60% de los partos son asistidos por comadronas, con cifras que superan el 90% en áreas rurales. En él se enfatiza la importancia de las comadronas en la reducción de la mortalidad materna, destacando su rol esencial en las comunidades indígenas y rurales.

hace”<sup>11</sup>. Este dicho recalca que, desde la cosmovisión maya, solo unas pocas son elegidas para la noble labor de traer al mundo a un alma inocente.

En la tierra de los hombres de maíz, estas mujeres nobles y sencillas ayudan a traer al mundo nuevas vidas, liberadas de culpa y con la bendición de su comunidad. Honradas y respetadas, son recordadas por aquellos que ahora son hombres y mujeres de bien, que lloraron al nacer al recibir un par de nalgadas de estas "hadas madrinas", asegurándose de que estaban sanos y listos para enfrentar el mundo fuera del vientre de sus madres.

En este lugar mágico vivió una mujer llamada Beatriz. Conocida por sus hijos y nietos como "Iyom" y "Xpiyacoc" (Primera Abuela), era una sabia mujer a la que siempre recurrían para resolver los partos más difíciles. Estos eran los casos donde la posición del bebé

---

<sup>11</sup> El Movimiento Nacional de Comadronas "Nim Alaxik" es una organización en Guatemala que agrupa a comadronas, también conocidas como parteras tradicionales, quienes desempeñan un papel fundamental en la atención de la salud materna y en la preservación de las tradiciones indígenas relacionadas con el parto y la salud reproductiva.

"Nim Alaxik", que en idioma maya puede traducirse como "Sabiduría Ancestral", es un movimiento que busca empoderar a las comadronas en Guatemala, defendiendo sus derechos y promoviendo el reconocimiento de su labor dentro del sistema de salud. Este movimiento también aboga por el respeto y la integración de las prácticas tradicionales de parto dentro de la atención médica formal

complicaba el nacimiento en un lugar carente de las herramientas necesarias.

Una noche, cuando la furia de los dioses parecía desatarse sobre las montañas más remotas, Beatriz estaba de guardia, lista para cualquier eventualidad. De repente, en medio de la tormenta, un grito desgarrador rompió el silencio, anunciando las complicaciones de una mujer en pleno trabajo de parto.

El destino del bebé pendía de un hilo, con el cordón umbilical amenazando con ahogarlo antes de que pudiera dar su primer suspiro. Beatriz, a pesar de sus rodillas artríticas y su visión cansada por la diabetes, se lanzó a la acción, desafiando la tormenta y el dolor en cada paso.

Los vecinos, alarmados, se reunieron en la entrada de su humilde hogar, rogando que Beatriz llegara a tiempo para salvar al pequeño. Pero la comadrona, con un valor digno de leyenda, se abrió paso a través de la tormenta. "¡Espera por mí, pequeño! ¡No te rindas!", murmuraba mientras luchaba por avanzar.

Cada paso era una batalla contra las fuerzas de la naturaleza y el tiempo. Sin embargo, cuando finalmente llegó, la vida del pequeño ya se había extinguido. Beatriz, con el corazón destrozado, sostuvo en sus brazos el frágil cuerpo inerte del bebé, cuestionándose con angustia: ¿por qué?

Desde ese fatídico día, Beatriz se sumergió en la oscuridad de la desesperación, perdiendo poco a poco la razón y abandonando todo cuidado personal. A pesar de los intentos de quienes la rodeaban por ofrecerle consuelo, su corazón seguía cargado de una culpa abrumadora. El llanto del bebé que nunca llegó a respirar resonaba en su mente, atormentándola.

Finalmente, en medio de su locura y desesperación, Beatriz fue al mausoleo del pequeño. Allí, en la fría penumbra de la noche, lo abrazó una última vez, buscando expiar su culpa en un gesto de amor que desafió la realidad compartida. Aunque su acción pudo parecer una profanación a ojos de la comunidad, fue un acto de amor desesperado que no debía ser juzgado con la misma severidad que un crimen.







## XI. Dueña de su destino

Había sido arrojada a la fría indiferencia del mundo en el pórtico del convento de "Las Hermanas del Socorro". Su frágil cuerpo descansaba en una caja de cartón, empapada y sucia, símbolo de una sociedad que la había desechado. Sobre su pequeño vientre, un mensaje, adherido con cinta adhesiva, clamaba al cielo: "¡Que Dios me perdone!"

Era casi la medianoche del día de diciembre en el que los católicos celebran la natividad del Mesías. Una madre de catorce años, dominada por la insondable confusión de verse a cargo de una vida que no buscó concebir, tomó la difícil decisión, ataviada de profundo dolor y obedeciendo la instrucción de su padre, de abandonar a su pequeña hija de dos días en las puertas de aquel convento. Aquella criatura era el producto del incesto del hombre que debía protegerla, pero que, en cambio, decidió destruir su espíritu.

Ruth creció sabiendo que la habían abandonado a muy temprana edad, y en general, eso no le causaba mucho problema. Criarse en un convento le estaba dejando

claro que todos debemos ser instrumentos de paz, como recita la oración de Francisco de Asís, que recalca la importancia de oponerse a la concupiscencia que domina el mundo. Frases como "donde haya odio, ponga yo paz", "donde haya tinieblas, ponga yo luz" y "donde haya duda, ponga yo fe", subrayan que debemos abandonar todo aquello que daña al ser humano, mostrando que lo que nos hiere siempre es el dolor, un dolor que surge de los apegos, apegos que están ligados a deseos insaciables, y que, al conseguirlos, nos dejan con un profundo vacío. Bajo estos conceptos, mal dirigidos por quienes guiaban su vida como un timonel, Ruth fue creciendo y practicando la fe católica, sin poder dudar si lo que aprendía era bueno, malo o siquiera necesario. No tenía tiempo para reflexionar si lo que le había ocurrido a los pocos días de nacer era un castigo o una batalla que debía librar toda su vida.

Durante toda su infancia, Ruth fue adoctrinada en contra de su voluntad y todo apuntaba a que debía dedicarse a las cosas de Dios, lo que en su caso solo significaba una cosa: ser monja. Sin embargo, en ese momento, no parecía incomodarle la idea de verse así el resto de su vida. Aún era joven, no había cumplido ni siquiera diez años, y sus hormonas aún no habían aflorado por completo, aunque ya empezaba a notar cambios en su cuerpo. Cuando consultaba sobre esos cambios con las madres superiores, ellas respondían: "Lo que preguntas no le gusta a nuestro Padre, no seas

pecadora". Esta respuesta sería la constante ante cualquier duda que aquella pequeña intentara resolver.

Era una niña inquieta, algo que no agradaba en el convento. Le costaba, o más bien, le desinteresaba aprender a vivir una vida célibe y dedicada plenamente a servir a Dios. Sentía en su interior que su verdadera vocación era la docencia; cuando se imaginaba adulta, se veía enseñando en un jardín de niños, jugando y permitiendo a los niños ser libres, respondiendo incluso las preguntas más inocentes y difíciles, como: "¿Por qué el cielo es azul y todo tiende a caer?" Preguntas que, cuando ella misma hacía a sus superiores, siempre recibían la misma respuesta: "Así lo quiso Dios".

A los dieciséis años, en el convento, comenzaron a exigirle que era momento de realizar el sacramento de la Confirmación, y luego de eso, presentar los votos para ser monja y consagrar su vida al Señor.

Ruth comenzó a perder el sueño, después el apetito, hasta que la pérdida de peso derivó en enfermedades oportunistas y caries dentales. Estas últimas se convertirían en su herramienta secreta para escapar de un lugar que amenazaba con aprisionar sus sueños para siempre. Había observado que una compañera del convento padecía una enfermedad que la sumía en retorcimientos y delirios, dejándola postrada en cama. Esa situación la eximía de reafirmar su fe y, más aún, de consagrarse de forma irrevocable a Dios.

Inspirada por esta observación, Ruth decidió estudiar cada movimiento y cada detonante de los episodios que su compañera sufría con cada luna llena. Lo hizo con un propósito claro: ejecutar una actuación tan convincente que lograra provocar temor, asombro y, sobre todo, duda en las frívolas madres superiores. Una duda capaz de hacerlas pensar, aunque fuera por un instante, que aquellos ataques podían no ser otra cosa que la obra del demonio.

Después de meses de práctica meticulosa, Ruth consiguió imitar a la perfección los extraños movimientos de su compañera de habitación. Su actuación culminó cuando, tras quejarse de un intenso dolor de muelas, se dejó caer al suelo y comenzó a retorcerse durante siete minutos, simulando perder el conocimiento. Las madres, conmocionadas por la escena, no dudaron en llevarla al hospital. Sor Maribel, quien la acompañó a emergencias, relató lo sucedido a la médico de turno.

La doctora decidió mantener a Ruth bajo observación mientras se procesaban los análisis de laboratorio, con la esperanza de determinar la causa de la aparente crisis convulsiva. Curiosamente, sus constantes vitales permanecieron inalteradas, dejando al profesional perplejo y a la espera de respuestas más concretas.

Minutos después de tomar las muestras de sangre, los resultados no mostraron nada fuera de lo normal. El

médico de turno debía realizar una nueva evaluación antes de darle el alta a la paciente y proporcionarle un plan educativo para estar prevenidos ante una posible segunda crisis, que no tardó en ocurrir. Ruth comenzó una nueva crisis convulsiva que solo se detuvo después de la segunda dosis del medicamento que debía calmarla.

La situación se tornaba cada vez más preocupante, por lo que la médico residente a cargo del caso decidió consultar con su jefa de grupo para definir los próximos pasos. De inmediato, ordenaron una serie de estudios, incluyendo exámenes de imagen y análisis del funcionamiento eléctrico cerebral, con el objetivo de esclarecer las causas de las supuestas crisis convulsivas. Sin embargo, todos los resultados se mantuvieron dentro de los parámetros normales.

Mientras tanto, Ruth permanecía postrada en la cama de observación, sumida en un sueño profundo del que apenas reaccionaba ante estímulos dolorosos, reforzando la incertidumbre de los profesionales a cargo.

Era necesario informar a Sor Maribel que el problema era serio, que no se encontraba la razón de aquellas crisis; los neurólogos habían descartado una serie de enfermedades comunes para su edad, y solo quedaban llevar a cabo pruebas para descartar alguna enfermedad

inmunológica o autoinmune antes de etiquetar las crisis como idiopáticas (sin causa conocida).

Ante esta situación delicada y compleja, Sor Maribel decidió dejar todo en manos de Dios y pidió a los médicos que hicieran lo necesario para salvar a la niña, quien, si bien era muy inquieta, representaba la luz y el carisma de aquel lugar. Así se hizo, se estudiaron ambas enfermedades y la respuesta fue un rotundo no para la ciencia actual; no se encontró causa alguna para esas crisis, por lo que era necesario comunicar a Sor Maribel que Ruth debía permanecer en observación hasta nueva orden, recomendación que fue acatada sin reproche.

Ruth permaneció cerca de un mes en el hospital, y lo que al principio parecía extraordinario comenzó a adquirir un aire de normalidad. No había presentado crisis convulsivas en los últimos tres días, sus análisis de laboratorio seguían sin alteraciones y, desde el punto de vista clínico, su estado era óptimo. Ante esta evolución, se decidió contactar al convento para coordinar su alta médica y planificar un seguimiento posterior.

Todo parecía resuelto; los médicos estaban convencidos de que los medicamentos estaban funcionando. Sin embargo, lo inesperado ocurrió. Ruth, confiada en su aparente éxito, comenzó a practicar nuevamente sus crisis convulsivas sin notar que un estudiante de medicina la observaba desde la ventana. Ese momento



fortuito marcó un punto de inflexión en el enigma clínico.

La situación se aclaró cuando la psiquiatra de planta presenció una de estas "crisis" y, tras pedir a todos que salieran de la habitación, dejó la puerta entreabierta para comentar lo siguiente:

—Creemos que Ruth está simulando sus crisis convulsivas. Vamos a realizar una prueba: hablaré en voz alta sobre lo inusual que es que no saque espuma de la boca durante estos episodios, ya que es un signo clásico de una crisis auténtica.

Con esta estrategia, la psiquiatra buscaba confirmar sus sospechas y desentrañar el misterio que rodeaba a Ruth.

El ejercicio era simple: lo diría en voz alta para que Ruth lo escuchara y realizara esa pequeña variación que daría a los profesionales las herramientas necesarias para afinar el diagnóstico. La escena se desarrolló tal como se había planeado. Ruth volvió a presentar una crisis convulsiva, pero esta vez sacando espuma de su boca, por lo que el diagnóstico estaba claro. Sin embargo, ahora debían averiguar por qué lo hacía, cuáles eran sus motivaciones y qué ganaba con ello. Fue entonces cuando una joven médica descubrió que Ruth deseaba con todas sus fuerzas la libertad de elegir una vida distinta a la que en el convento le estaban obligando a tomar.

"¡Sor Maribel, no deseo consagrar mi vida a Dios!"



## XII. Mi Guatemala: Nunca Más<sup>12</sup>

El conflicto armado interno sigue dejando testimonios crueles cargados de recuerdos que, diariamente, perturban y someten al sufrimiento la mente de las víctimas y, por qué no decirlo, también de aquellos victimarios "obligados" a ejecutar órdenes de lesa humanidad. Estas personas, atrapadas por el infortunio de revivir momentos desagradables a causa de imágenes o pensamientos intrusivos, experimentan pesadillas y fenómenos tan complejos como la disociación o la despersonalización, respuestas involuntarias que intentan proteger un "Yo" freudiano incapaz de enfrentar una nueva realidad. Una realidad

---

<sup>12</sup> El título de este relato es un tributo al informe *Guatemala, Nunca Más*, publicado por la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala (ODHAG) en 1998. Fue presentado al público el 24 de abril de 1998. Dos días después, el 26 de abril de 1998, Monseñor Juan José Gerardi, obispo auxiliar de la Ciudad de Guatemala y director de la ODHAG, fue brutalmente asesinado. Su asesinato es ampliamente considerado como un acto de represalia por la publicación del informe, ya que Gerardi había sido una figura clave en la recopilación y divulgación de la información contenida en "Guatemala, Nunca Más".

que, pese a los esfuerzos por interpretarla, no permite encontrar una justificación válida para perdonar, y, desde ahí, seguir viviendo con resiliencia para superar el trauma.

Es importante considerar que esta capacidad asertiva nunca fue aprendida en un hogar desintegrado y violento, donde jamás se resolvieron las necesidades de aquellos niños y adultos que ahora reviven un mal recuerdo. Un recuerdo que cada día echa raíces más profundas en una memoria que se conjuga con la carga afectiva generada por una amígdala hiperreactiva, incapaz de permitir que el dolor salga del pozo. Dejar ir ese dolor significaría para la víctima bajar la guardia y exponerse a revivir una historia similar a la de aquel día en que su espíritu fue quebrantado.

La historia de Rubén puede contarse desde distintas perspectivas, como la de su padre, un cabo que fue enviado a las comunidades del pueblo Maya Ixil<sup>13</sup> para cumplir con el servicio militar obligatorio durante el conflicto armado interno. Con apenas diecinueve años ya cargaba en su conciencia el peso de ser responsable de transgresiones a los derechos humanos, obedeciendo

---

<sup>13</sup> Durante el conflicto armado interno en Guatemala, el pueblo Maya Ixil fue uno de los más afectados por la violencia y las políticas represivas del Estado. En las montañas del Quiché, las comunidades Ixil sufrieron masacres, desplazamientos forzados y graves violaciones a los derechos humanos, con un impacto devastador en su población y cultura.

órdenes superiores que lo llevaron a arrebatarse la vida a mujeres y niños al mejor estilo de Josef Mengele<sup>14</sup>. Y si, en cambio, no se encontraba en aquello, entonces era porque su labor pasaba por esperar su turno en fila para ultrajar de la inocencia a una mujer apresada por sus compañeros, quienes, por tener una jerarquía superior, ya la habían abusado antes de que él tuviera la oportunidad. Después de todos ellos, la mujer sería fusilada<sup>15</sup>.

Sin embargo, el relato de un trauma siempre encontrará su versión más fiel en el testimonio de quien lo experimenta y sufre. Por ello, Rubén desarrolla esta historia impregnando cada palabra con el dolor palpable de un corazón maltratado, sometido al abandono que supuso el amor ausente de un padre atormentado por las órdenes que ejecutó en lo que debieron ser los mejores años de su vida, pero que, en

---

<sup>14</sup> Josef Mengele, conocido como el "Ángel de la Muerte", fue un médico nazi que cometió atroces crímenes de lesa humanidad durante la Segunda Guerra Mundial en el campo de concentración de Auschwitz.

<sup>15</sup> "Guatemala: Violencia Sexual y Genocidio" es una obra escrita por la antropóloga Victoria Sanford, quien ha investigado extensamente sobre los crímenes cometidos durante el conflicto armado interno en Guatemala. En este libro, Sanford documenta cómo la violencia sexual fue utilizada como una herramienta de genocidio contra las mujeres indígenas, especialmente del pueblo Maya Ixil.

cambio, lo mantuvieron helado y preso del silencio atronador de la culpa y el remordimiento hasta el último aliento de sus días.

Rubén era el tercero de cinco hermanos, producto de un embarazo no planeado, pero deseado. Su madre, una mujer humilde, amorosa, y trabajadora, mantenía a flote un hogar que se caía a pedazos por las irresponsabilidades de un esposo abusivo, rumiando memorias de guerra y adicto al aguardiente, lo que le hacía perder la razón y cualquier freno a sus impulsos antes de ejercer violencia física contra ella. Fue ella quien siempre estuvo presente para aquel joven muchacho, a quien veía como la luz de sus ojos y refugio después de los golpes recibidos de quien había jurado amarla y respetarla siempre, tanto en la salud como en la enfermedad.

—Mi madre lo era todo. Siempre sentí que era mi mejor amiga y mi confidente; una mujer a quien amé profundamente. Estuvo cuando más la necesité, pero nunca entendí por qué, después de recostar su cabeza sobre mi hombro para llorar y recibir consuelo tras los golpes que le habían desfigurado el rostro, me decía que no tenía por qué juzgar a ese hombre, que en su vida no le habían enseñado a ser esposo ni padre.

—Cuando tenía doce años, a mi mamá le diagnosticaron un cáncer atroz en el útero que la hizo perder peso tan rápidamente que tuvo que confeccionar su ropa para

que fuera cuatro tallas más pequeñas. Era duro ver cómo la única persona que me quería se diluía lentamente frente a mis ojos y yo no podía hacer absolutamente nada más que abrazarla tan fuerte que ella sintiera que mis brazos le daban esa fuerza que las quimioterapias le quitaban sin piedad.

—Pasaron unos meses hasta que finalmente mi madre dejó de estar entre nosotros. Para entonces ya pesaba unas sesenta libras; su cabello, que antes domaba el viento, carecía de la vitalidad de antaño; sus ojos, que antes irradiaban la luz de su alma, ahora reflejaban una mirada perdida y desconsolada, petrificada por el final que se acercaba con la última puesta de sol que verían. Su piel, tan delgada, dejaba marcados los pómulos, haciendo que lastimara al besarla tiernamente en las mejillas. El resto de su cuerpo había perdido toda su fuerza, postrándose completamente en la cama, donde sus escápolas dejaban una estela profunda.

—Perdí a mi madre ese mismo año. No podía aceptar que tan solo unos meses antes la había visto tan llena de vida, y ahora tenía que conformarme con visitarla en el panteón, donde acudí diariamente durante dos años para contarle cómo me iba en la escuela. También recuerdo ir cada día para contarle sobre mi primera novia, a quien ya quería tanto porque me recordaba la dulzura y consuelo que siempre había sentido al recibir sus abrazos y escuchar sus consejos antes de dormir.

—En casa, las cosas continuaron como siempre. Mi padre empezó a beber aún más, y entonces todos los golpes que le dirigía a mi querida madre fueron recibidos constantemente por mis hermanos y por mí. Su violencia era tan brutal que llegó a patearme con sus botas militares directamente en la boca, haciéndome tragar algunos dientes, y nunca recibí un "disculpa, hijo". Aun así, decidí seguir el consejo de mi madre, quien una vez me dijo que no lo juzgara. Sin embargo, todo cambió de repente cuando cumplí quince años. Ese día, mi padre me dijo que ya era un hombre y, gritando que debía irme de la casa, me dio la última golpiza, alegando que él ya no tenía la obligación de mantenerme.

—Me fui de casa esa misma tarde. Recuerdo que el miedo se apoderaba de mí mientras la noche caía rápidamente, como un rayo en medio de la lluvia que ya empapaba mi ropa sucia. Sabía que pronto comenzaría a dolerme el estómago por el hambre, ya que no había comido nada desde la mañana cuando, en lugar de un desayuno de cumpleaños, recibí de mi padre una clara muestra de indiferencia y desamor.

—El sueño comenzaría a atacarme y no tenía una solución clara para ninguna de esas necesidades, así que, ataviado por las circunstancias, me fui a quedar debajo del puente olímpico de la zona cinco, con la esperanza de poder dormir y dejar de sentir hambre mientras, en compañía de vagabundos, empecé a sentir



el calor y consuelo necesario para mi primera noche fuera de casa.

—Pasaron al menos dos años en los que tuve que aprender a sobrevivir; aún me alivia tener la conciencia tranquila de nunca haber tenido que robar para poder comer. Sin embargo, si las cosas en casa eran difíciles, en la calle todo me parecía hostil. Fui golpeado en innumerables ocasiones por otros que, en mi misma condición, buscaban salidas más fáciles para obtener lo necesario para comer, situaciones que me sumergían cada vez más en la profunda melancolía de verme abandonado.

—Recuerdo el día que por fin pude pagarme una habitación para dormir. Era un cuarto húmedo y apestoso, con paredes amarillentas, impregnadas de mugre y manchas de sangre, probablemente de personas que murieron en ese mismo lugar. El cuarto contaba con un foco que apenas producía una tenue luz, colgando del techo quebradizo que parecía no soportaría la más mínima sacudida de un temblor antes de colapsar sobre mí. Me preguntaba si no era mejor opción seguir durmiendo bajo el puente de la ciudad olímpica. Pero bueno, luego de unas cuantas noches, me encontré sentado a la orilla de la cama, desolado, lamentándome y deseando la muerte instantánea. Quería desaparecer, quedarme dormido y nunca más volver a abrir los ojos. Lloraba amargamente frente a un espejo quebrado por la mitad, diciéndome: "¡Te amo,

hijo mío! ¡Te amo, no te rindas!", tal como me decía mi madre cada vez que mi padre me golpeaba duramente. Y en ese momento, en el silencio ensordecedor de aquel lugar, en la hediondez pútrida de aquel colchón, y en la deslumbrante oscuridad que dominaba el espacio, emergía lentamente en el espejo una sombra que me decía: "Tranquilo, Rubén, ya estoy aquí. Todo estará bien, solo debes confiar en mí."

—Luego de varias noches, esa sombra fue tomando la forma de un hombre, un hombre que empezó a acercarse lentamente a mí, pero que, en lugar de asustarme o hacerme salir corriendo, inspiraba en mi interior la confianza de quedarme esperándolo hasta que llegara a mi lado y me dijera: "Ya estoy aquí, he tardado mucho, pero quiero decirte que jamás volverás a sufrir."

—En ese momento no entendía nada, no me atrevía siquiera a mirarlo, pero sus palabras eran la calma que necesitaba sentir. Pude darme cuenta de cómo mi frecuencia cardíaca disminuía y mi respiración se hacía más lenta, brindándome una paz que, si acaso experimenté alguna vez, ya no podía recordar.

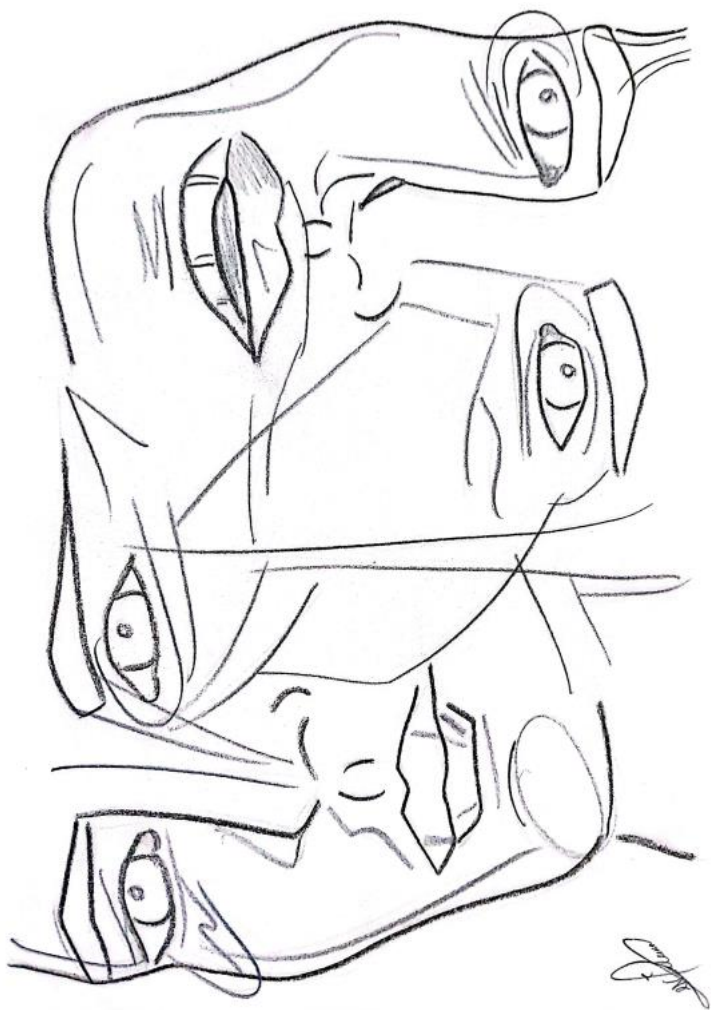
—Cada noche aparecía frente al espejo cuando más lo necesitaba, y un día, después de tantas pláticas con él, decidí verlo frente a frente. Lo que vi me hizo sentir un profundo escalofrío que se adueñó completamente de cada una de las partes de mi cuerpo. Su rostro era igual

al mío, pero no tenía ninguna de las cicatrices que mi padre me había provocado con sus golpes. Fuera de eso, éramos plenamente iguales, como dos gotas de agua, y sentí que mi reflejo había salido del espejo para hacerme saber que, detrás de todas esas lesiones que yo conocía, quedaba un ser humano limpio, un hombre libre de dolor y asertivo, listo para aconsejarme y permitirme vivir una vida asimilando el amargo recuerdo de la pérdida de mi madre.

—Aquella otra persona empezó a vivir ocupando la mitad derecha de mi cuerpo. Sin embargo, yo controlaba sus apariciones; él sabía que solo debía salir en mi auxilio cuando me encontrara en una situación violenta o de amenaza. Así fue por al menos unos seis años, hasta que hace unos meses, José, como me dejó claro que era su nombre de pila, empezó a aparecer sin mi consentimiento, alejándose del control de cualquier escena que tuviera que enfrentar, y eso, en lugar de ayudarme, está trayendo problemas con mi novia y compañeros de trabajo, quienes aseguran que me he vuelto muy agresivo, llegando a lastimar gravemente a algunos de ellos, dejándome con la inquietud de no recordar por qué dicen esas cosas.

—He venido aquí porque han empezado a llamarme "loco". Sé que no lo estoy; tengo novia e hijos y los amo con todas mis fuerzas, pero temo que un día no recuerde que les hice daño y me culpen sin que pueda decir nada, porque para entonces José haya logrado lo que tanto ha

querido: apoderarse por completo de la otra mitad de mi cuerpo.



### **XIII. Crisol de emociones**

Cuando era pequeña, se dio cuenta de que no encontraría al amor de su vida si se quedaba en el lugar que, infortunadamente, había sido su cuna y escenario hasta entonces. Esta realización llegó después de mucho sufrimiento. Se había cansado de que en casa nadie la comprendiera; agotada de que todos los intentos de noviazgo terminaran tan rápido como el aleteo de un colibrí y, sobre todo, harta de que todos esos intentos le dejaran un vacío profundo, siempre cargado de una amarga desesperanza, llegó a la conclusión de que migrar a Europa supondría el giro de ciento ochenta grados que le aseguraría el cariño, entendimiento y amor que jamás había recibido.

Era capaz de sentir un gran placer cuando le daban un abrazo o le decían que la querían, pero luego, sin ningún motivo aparente, expresaba un enojo furtivo y tenaz hacia cualquiera que pareciera ignorar sus importantes necesidades de compañía.

Su adolescencia fue complicada. En medio de sus cambios físicos y dudas existenciales, sus padres

decidieron separarse, hartos de las constantes peleas y recriminaciones, dejándola a ella y a su hermano menor en el desamparo total. Ese matrimonio había surgido como una "necesidad" de dar sostén y fortaleza al proceso de un embarazo que, cuando jóvenes, por falta de instrucción en educación sexual, había sido la consecuencia de un amor de verano en el que ambos decidieron experimentar aquello que solo era para adultos y que en la escuela se veía como un tabú o, peor aún, como el ardor desenfrenado del pecado carnal.

Así y todo, en medio de aquella incertidumbre, llegó el primer noviazgo de Felicia, cargado de un frenesí de emociones. Conoció a aquel chico en una discoteca a la que había logrado colarse astutamente, aprovechándose del desarrollo físico voluptuoso del que había sido dotada, vistiendo un atuendo que para nada era apropiado para una chica de catorce años. Aquel chico que llamó su atención parecía ser mucho mayor que ella. Era un tipo de aspecto rudo y atlético; su cabello largo llamaba la atención por sus rastas descuidadas y malolientes, que parecían no haber sido lavadas en meses, dejando ver tras ellas los lóbulos de ambas orejas perforados con expansores de túnel de acero, ajustados un par de veces para alcanzar el tamaño de una moneda de un quetzal. Sus brazos, cubiertos de múltiples tatuajes, testigos de historias tan fugaces como la instantánea de un cometa, exhibían las cicatrices de

heridas autoinfligidas con cualquier instrumento cortante en momentos de amarga melancolía.

Ese chico se acercó a Felicia tan pronto como la vio entrar en compañía de otras chicas que no llamaron en absoluto su atención. Pareció ser muy atento toda la noche, capaz de satisfacer cualquier necesidad que surgiera en un ambiente en el que aquella chica, coaccionada por sus amigas, probó por primera vez drogas que alteraron su percepción y juicio, atenuando profundamente su atención y dejándola vulnerable a la seducción de aquel que, tan pronto como vio la oportunidad, la llevó a una habitación iluminada con luces rojas. Las paredes de aquel cubículo exhibían retratos de mujeres amordazadas y desnudas, que en una situación similar fueron objeto de su satisfacción hedónica. Mujeres que, como Felicia, perdieron su dignidad de una forma tan atroz al verse sometidas a cumplir los antojos de un despiadado depredador sexual.

Esa noche, Felicia fue víctima de una sexualización traumática que, por el resto de su adolescencia y adultez temprana, revivió a través de preocupaciones constantes, pensamientos recurrentes y molestos, y compulsiones para calmar esos pensamientos, las más de las veces manifestadas en cortes en sus piernas, la región del cuerpo en la que siempre sintió la culpa y el asco de aquella noche.

Siempre embargada por la sensación de traición que supuso la indiferencia de aquellos padres de quienes hubiera esperado atención, afecto y cuidados después del daño infligido del que había sido víctima, y harta de la estigmatización que la revictimizaba cada vez que era testigo de las connotaciones negativas en comentarios que le dejaban claro que había tenido la culpa por asistir a aquel lugar vestida como lo había hecho, tomó la decisión, luego de varios años de sufrimiento y rumiación, de que lo mejor era vender todo cuanto poseía para obtener los medios económicos que le permitieran migrar al viejo mundo y dejar su pasado atrás, hundido en el fango que producían todas aquellas personas antipáticas y crueles de quienes se sentía señalada.

Llegó a Ámsterdam a los veintisiete años. Su destino debía ser España, pero eso jamás pudo concretarse, sobre todo porque, tan pronto como arribó a los Países Bajos, su vida dejó de ser suya y pasó a ser del proxeneta que, como con un radar, la captó en las avenidas del Barrio Rojo o "De Wallen", donde Felicia esperaba el siguiente vuelo que la llevaría al país mediterráneo.

Aquel hombre, que encontró en Felicia la joya que le faltaba para completar su repertorio de mujeres dispuestas a todo por un par de euros, lucía un aspecto sobrio y hasta encantador, totalmente opuesto a lo que se esperaría de un proxeneta en aquel lugar. Fue suficiente para que aquella chica recién llegada sintiera



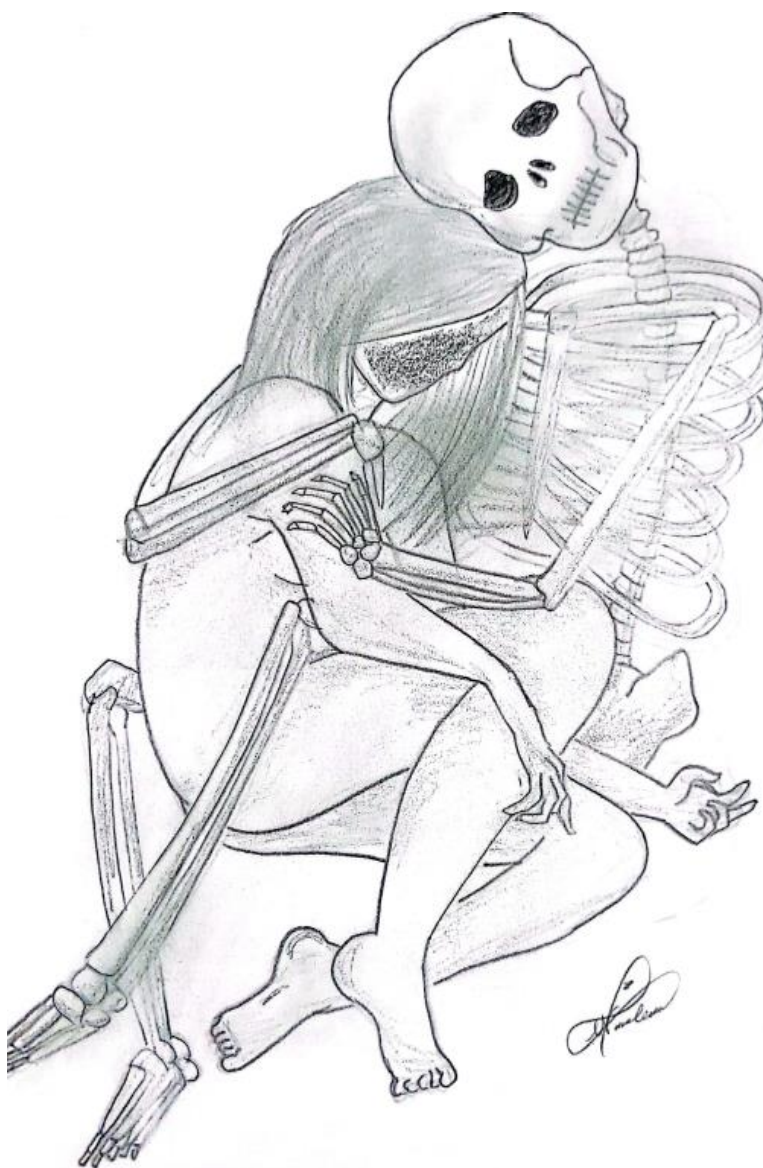
que el viaje había valido la pena y que la decisión de dejar todo atrás para reencontrarse consigo misma había sido la mejor de su vida.

La noche era apenas joven y clara; el viento soplaba hacia el este, como de costumbre en el hemisferio norte; el clima era frío y fresco, e invitaba a recorrer calles que gritaban libertinaje en cada esquina. Calles iluminadas con faroles rojos en cada espacio exterior, señalando el camino a la perdición o a la libertad, dependiendo de la interpretación que cada uno quisiera darle. Sin embargo, nada de eso era visto con ojo crítico por Felicia, quien, por el contrario, abría sus ojos como platos ante aquel espectáculo conspicuo y obsceno, con afán y apremio, de la mano de aquel ferviente enamorado a quien acababa de conocer a las afueras de uno de esos bares.

Esa noche marcaría el final de la vida de Felicia, quien, durante esa velada, fue finalmente despojada de cualquier migaja de dignidad que aún pudiera llevar consigo después de tanto sufrimiento.

Fueron solo algunos meses los que pudo soportar bajo el yugo de aquel depredador, un canalla que le robó el último hálito de esperanza a una chica que no pudo encontrar el amor ni la atención que anheló desde el primer momento en que se supo viva, poniendo fin a esa trágica historia al detener el flujo de sangre hacia su

maltrecho corazón con un corte letal en la profundidad de su cuello.



## XIV. Oscura realidad

En aquel lugar, los embarazos no se deseaban y mucho menos se planeaban; simplemente ocurrían. Eso sí, la situación podía ser aún peor. Es decir, aquella larga espera suponía dos escenarios: el primero, y siempre desde una perspectiva pesimista, era que naciera una niña, pobre criatura que, sin culpa alguna, ya traía consigo la desgracia de tener que esperar a que le encontraran un hombre, mientras era maltratada por considerarla incapaz de hacer cualquier cosa.

Era como si el tiempo se hubiera encapsulado en una época ajena al tiempo universal. Aquel lugar parecía seguir viviendo en la época georgiana de Jane Austen, con el agravante de que a esas pobres niñas no se le daba acceso a la educación, lo que significaba que para conseguir un varón debían aprovechar sus dotes físicas para atraer a un hombre rico, o al menos a uno que no fuera pobre, para que su existencia tuviera algún valor.

Por otro lado, estaba el segundo escenario, representado por el nacimiento de un niño, una criatura que llegaría a ser hombre mucho antes de lo que permitiría su

desarrollo biológico. Esto porque, en aquel lugar, un niño podía adquirir el título de "hombre" por una de dos vías: la primera, arrebatándole la virginidad a una niña; y la segunda, ascendiendo en el escalafón de la pandilla a la que pertenecían sus padres.

Aquel era un barrio precario, donde una casa digna era aquella que, en lugar de lámina, construía sus paredes con block, aunque el techo siguiera siendo de lámina y el suelo de tierra. La pobreza en ese lugar era tan extrema que la mayoría de las familias vivía con ocho quetzales al día, y esas familias podían llegar a tener hasta diez integrantes. Además, había partes del barrio a las que solo se podía acceder si los que se consideraban dueños de la vida daban autorización, ya que en esos lugares se vendían drogas a los jóvenes que buscaban "libertad".

En ese lugar, alienado de la capital del futuro, era común ver cómo la vida se extinguía a la velocidad de un apretón de gatillo si no se pagaba la extorsión o la deuda del producto que ya se había fumado el miserable adicto. Y todo aquello era presenciado por los niños que habitaban sus calles, quienes, como los encadenados del mito de la caverna de Platón, creerían toda su vida que lo que veían era lo único que existía.

Persie era un niño inquieto que había nacido en el seno de una familia perteneciente a la Mara 18. Séptimo de diez hermanos, a sus cinco años ya era "bandera" en

aquel barrio, lo que significa que a esa corta edad ya era el centinela que alertaba a los líderes sobre las personas que entraban o salían del lugar. Además, su trabajo también consistía en vigilar que en la periferia no hubiera patrullas, militares o pandilleros rivales, y en caso de haberlos, tenía la responsabilidad de reportarlo con el celular que era parte de él hasta que pudo alcanzar un puesto más importante.

Al mismo tiempo que era "bandera", asistía a la escuela, donde parecía disfrutar lastimando a los perritos que se acostaban a recibir el sol en el patio. A algunos les tiraba agua, mientras que a otros solía patearlos en las costillas, hasta que esos pobres animales quedaban inconscientes, presos del dolor que sufrían.

No fue un buen estudiante, y su historial en cada escuela tenía un denominador común: "mal comportamiento". Estudió en al menos diez escuelas hasta que sus padres, cansados de tener que buscarle educación, dieron por sentado que aquel niño rebelde debía dedicarse de lleno a lo que era "bueno", ya que eso significaría que llegaría a ser un gran líder a una temprana edad.

Fue así como, a los nueve años, dejó de ser "bandera" y se convirtió en gatillero. Esto significaba que, a partir de ese momento, ya no debía estar atento a vigilar quién entraba o salía del barrio, sino que, por el contrario, debía salir de este para ejecutar asesinatos de

pandilleros rivales y también cobrar las extorsiones que podían darse tanto dentro como fuera de aquel lugar.

—Maté a la primera persona a los nueve años, era un viejo perro que no quiso pagar la cuota navideña. Yo le dije: "Mirá, pagá o te morís, la cosa es fácil", pero en cambio, se echó a reír de mí, diciéndome: "Patojo, andate a chingar a otro lado, no tengo tiempo para lidiar con vos."

—Había entrado a esa tienda teniendo en línea al que me estaba guiando qué hacer; no pensé que el primer día usaría la pistola que me habían dado, pero cuando aquel escuchó lo que el viejo me había contestado, me dijo: "Dale viaje a ese viejo...". Entonces, saqué la pistola de la chumpa y le di un balazo al frasco de bombones que tenía a la par. Recuerdo haber apuntado a la cabeza, pero la pistola pesaba mucho para sostenerla con una mano. Aquel viejo alcanzó a decirme: "No lo hagas, hijo..." antes de que pudiera acertarle un balazo entre las cejas cuando ya pude sostener la pistola con las dos manos.

—Aquella noche sentí un gran placer por haber matado a ese viejo, y me quedé con ganas de más. En eso, mi hermana se me acercó y me preguntó: —Persie, te das cuenta de que mataste a un hombre, ¿no sentís nada? ¿Cómo podés estar tan tranquilo?

Esa que hubiera sido una pregunta muy dura para cualquier otro, para Persie no significó algo esencial

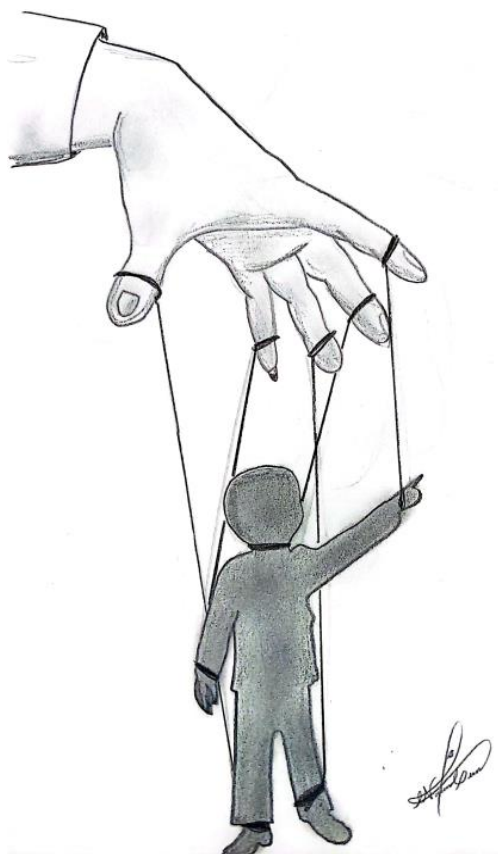
para hacer un examen de conciencia, y, sin meditar mucho, le espetó: —¿Y qué tengo que sentir, pues? Ese viejo no pagó la cuota. Había que hacerlo. Si acaso me tengo que arrepentir de algo, sería de no haberle dado viaje desde que se rio de mí cuando le dije que me pagara.

A sus quince años, ya había causado la muerte a veintisiete personas, entre pandilleros rivales y trabajadores honrados que se negaron a pagar una cuota que no tenía razón de ser, y con ninguna muerte Persie sintió arrepentimiento alguno, llevando consigo un récord que le daría acceso a los puestos privilegiados de la pandilla. Tan pronto como cumplió diecisiete años, se desarrolló como el líder más joven de aquel momento, tomando decisiones importantes en compañía de otros que ya eran mayores de edad, pero que le respetaban a él una trayectoria de adoctrinamiento sin igual.

Persie llegó a la consulta del psiquiatra tras haber pasado un par de años en prisión, donde disfrutó de todos los beneficios posibles mientras sus "carnales" se encargaban del trabajo sucio. A los veintitrés años, después de un prolongado abuso de marihuana y cocaína, su mente sucumbió a una psicosis irreversible. Esta psicosis lo desconectó por completo de un mundo que, desde su infancia, nunca le ofreció nada diferente de lo que ya conocía. Su amígdala y corteza prefrontal parecían haberse adormecido para siempre, privándolo de cualquier capacidad de empatía hacia los demás, a

quienes siempre vio como simples medios para alcanzar el poder supremo en su organización.

Persie murió víctima de sus pasiones más mundanas; una sobredosis en la celda que había acuñado como "la cuna del diablo" puso fin a una vida que nunca conoció el amor verdadero, formulando en sus últimas palabras una frase que en prisión debe ser muy frecuente: "Viví intensamente, carnal, amén".





## **XV. Hasta que el olvido nos separe**

Carmen era una mujer atenta y servicial que, en los años ochenta, comenzó a trabajar en el edificio de Correos y Telégrafos ubicado en la séptima avenida de la zona 1, justo después de haber terminado sus prácticas supervisadas como secretaria bilingüe en el reconocido Instituto Normal Central para Señoritas Belén. En aquellos tiempos, Guatemala tenía un mayor sentido de pertenencia. Esta es su historia:

“Escogí hacer mis prácticas en ese lugar por dos razones. La primera, porque allí trabajaba mi padre, un auditor tenaz y sensato, de quien siempre estuve orgullosa, sobre todo porque se le reconoció que, desde que empezó a llevar el control de los libros de contabilidad, las finanzas de la empresa alcanzaron la estabilidad. La segunda razón era mi madre, dueña de la cafetería ubicada en el primer nivel del edificio, justo en el lobby. Siempre iba allí después de la jornada de clases en el instituto, y durante mi infancia y adolescencia, le ayudaba tomando las órdenes de los clientes que, como yo, disfrutaban de su delicioso strudel de manzana y

una malteada de vainilla después de un largo día de trabajo. Estas eran creaciones de mi querida madre y marcas de aquel lugar.

Mis padres se conocieron allí. Papá me contaba que todos los días, sin falta, iba a la cafetería al término de su jornada, justo cuando faltaban treinta minutos para el cierre. Decía: "Cielito, pronto me di cuenta de que esa señorita me gustaba mucho. Aquella cafetería siempre estaba llena, tanto que había que esperar hasta la tarde para encontrar una mesa. Sus clientes más antiguos, como yo, eran fieles porque recibían una atención cálida y diferenciada de aquella bella mujer que, más temprano que tarde, me robó el corazón, enamorándome profundamente".

[Carmen mencionaba que su padre era muy tímido, lo que retrasó por mucho tiempo que invitara a salir a Josefa, su madre.]

Pasó cerca de tres meses yendo a diario. Decía "buenas tardes", tomaba un periódico sin importar la fecha, y luego se dirigía con premura hacia una mesa al fondo de la cafetería, junto al baño. Allí pedía el famoso strudel de manzana y, durante treinta minutos, admiraba la belleza de mi mamá. Me decía: "Hija, mi hora de almuerzo era a la una de la tarde, pero no la tomaba porque a esa hora la cafetería estaba llenísima. Esperaba hasta las cuatro y media para ir a verla... perdón, para ir a comer, porque a esa hora ya casi no había nadie, y tu

mamá se sentaba en la silla del mostrador para hacer el cierre de caja, distraída de que yo la miraba embelesado desde el fondo del lugar”.

Nunca me cansé de escuchar su historia de amor. Mi padre, un hombre de extremadamente pocas palabras, después de mucho tiempo, se animó a preguntarle a mi madre si no sería muy pretencioso de su parte pedirle que lo acompañara a tomar un café. Sin embargo, mi madre, quien ya se había dado cuenta de que ese hombre acudía siempre a la misma hora a pedir un strudel de manzana con un café negro sin azúcar, quiso ponerlo a prueba, respondiéndole: "Perdone, caballero, pero no me gusta el café, es más, lo detesto. Usted puede seguir viniendo de igual forma". Lo que podría haber sido una respuesta muy dura para cualquier otro, mi padre la tomó con ligereza, y jocosamente le dijo: "Ah, pues mire, a mí tampoco me gusta el café. Es más, es un alivio saber que a usted no le gusta, porque ya no podía aguantar otro mes tomándolo. Así que, bueno, pienso que podríamos ir por un refresco”.

Esa respuesta sorprendió a mi madre, sobre todo porque, aunque había notado que aquel hombre acudía todas las tardes a verla, veía en él mucha seriedad y sobriedad, incapaz de formular tales respuestas. No pudo evitar soltar una risa tímida que pronto encontró correspondencia en la risa nerviosa de mi padre, liberando la tensión acumulada de tres meses y convirtiéndose en una carcajada que les produjo un

pequeño calambre en el estómago mientras sus rostros se enrojecían, contagiados por la vergüenza del momento. Mi padre entonces preguntó: "¿Quisiera acompañarme a tomar un refresco cuando sea su hora de salida?". Mi madre, todavía contagiada por la primera respuesta de mi padre, le dijo: "¡Claro que sí!".

Esa historia me inspiró a desear trabajar en ese lugar. Parecía ser un espacio mágico donde el amor podía encontrarse en cualquier historia, en cualquier rincón. Así les había pasado a mis padres, y no tenía duda de que podría pasarme a mí.

Empecé en el departamento de mensajería. Sabía que no era un puesto ad hoc para mí, pero eso era lo que menos me importaba. Solo quería trabajar en el lugar mágico de mis padres. Pronto aprendí el teje y maneje de esa tarea tan esencial, pero compleja al mismo tiempo. Lo que debía hacer era simple. Tan pronto como llegaba un cliente con una carta bajo el brazo, debía meterla en un sobre membretado y colocarle la dirección que solicitara el remitente. Al principio, me parecía aburrido, pensaba: "Soy secretaria bilingüe, esto no es para lo que estudié". Hoy entiendo que muchos nos sentimos así en algún momento de nuestras vidas, sobre todo porque creemos que no se valora nuestro esfuerzo.

Pasó casi un mes hasta que comprendí la importancia de aquel puesto. Me di cuenta de que esos remitentes llevaban consigo una parte importante de su corazón

impresa en esas cartas, y yo debía asegurarme de que llegaran al destinatario. Comprendí esto al observar los rostros de quienes recibían la respuesta, completándose unas semanas después las expresiones que mostraban al enviar la carta.

Una tarde llegó al despacho de mensajería un señor de unos setenta años. Me dijo: "Buenas tardes, señorita. ¿Sería tan amable de enviar esta carta a mi hija que está en México? Se fue hace solo unos meses a estudiar economía y finanzas". El rostro de aquel hombre irradiaba una ternura que jamás había visto. Sus ojos brillaban con un peculiar resplandor que añoraba leer una respuesta que abrazara con fuerza su mensaje. Le respondí: "Con mucho gusto, caballero, y gracias por contarme a quién se lo envía. Espero que tengamos pronto una respuesta".

Esa fue la primera vez que comprendí la importancia de la escritura para la civilización humana, una parte del lenguaje que no que seamos expertos para transmitir un mensaje que nos agite el alma y acelere el corazón.

Los ojos de aquel hombre brillaban cada vez que leía las palabras de su amada hija; el corazón se me encogía al verlo temblar de emoción ante la magia que esas letras le hacían revivir. Me decía: "Le está yendo muy bien, va mucho al teatro, dice que me extraña". Apenas terminaba de decirlo, se apartaba del mostrador y se dirigía a la cafetería, donde, acompañado de su strudel

de manzana y su malteada de vainilla, escribía con la urgencia del tiempo, la tan esperada respuesta que su pequeña princesa leería en aquel país vecino, desde donde mantenían un puente de palabras, constante y cálido, hasta que la vida los reuniera de nuevo.

No sé cuánto tiempo lleva alguien estudiando economía y finanzas, pero sé con certeza cuánto dura la esperanza de un remitente esperando la respuesta de su destinatario: quince días si era al extranjero, y un tercio de ese tiempo si era dentro del país. Así, después de varios intervalos de quince días, que sumaban entonces dos años, llegaron a mi despacho aquel querido señor y su hija, y me dijeron: “Gracias, señorita, esto no habría sido posible sin su generosa ayuda. Hoy mi hija, que vuelve, siempre supo que en casa estábamos pendientes de ella y orgullosos de sus logros”.

Eso fue, sin duda, algo que no esperaba. En sus rostros relucía una alegría difícil de describir. Se abrazaban constantemente mientras me miraban complacidos con un trabajo que, realmente, no me había costado tanto hacer, pero que ellos me hicieron sentir que lo había hecho muy bien. Me quedé sin palabras y les sonreí, como diciendo: “No es nada, me alegra ver que su logro, señorita, se haya dado como lo deseaban usted y su padre”.

Finalmente, antes de irse, me entregaron un presente. Era un reloj, en cuyo fondo, sobre el cual giraban las

manecillas, se podía leer una paráfrasis de Einstein que habían mandado grabar. “Una hora sentado con una chica guapa en un banco del parque pasa como un minuto, pero un minuto sentado sobre una estufa caliente parece una hora. Eso es relatividad. Muchas gracias por no dejar que dos años fueran una eternidad y, en cambio, se sintieran como un minuto”.

Esas historias sucedían muy a menudo, y me alegra poder recordar la mayoría de ellas. Con mucha rapidez, me convertí en la señorita de mensajería en la que podías confiar si querías enviar un recado a un ser querido. Lo disfruté mucho mientras duró; me encantaba ver a mis padres reunirse cada día a la hora del almuerzo. Los veía desde lejos mientras seguía atendiendo a todos aquellos remitentes esperanzados.

Conocí a mi esposo en ese lugar; les dije que algo dentro de mí me decía que sucedería de esa forma. Aquel era un hombre peculiar, figúrense que era el mensajero de la empresa; su nombre era Rubén. Lo conocí a los tres años de estar trabajando como encargada de la recepción de mensajería; se acercó a mí con la excusa perfecta, diciéndome: “Señorita, perdone el inconveniente, pero no entiendo esta parte de la dirección en el sobre. No quisiera juzgar su caligrafía, que, aunque distinguida, no es legible”.

Era cierto, me dio risa al principio, pero al mismo tiempo sentí una gran vergüenza. ¿Cómo era posible que,

siendo secretaria, nunca me hubiera preocupado por mejorar mi caligrafía? Si bien es cierto que todo mi trabajo podía hacerse tras una máquina de escribir, creo que, al especializarme en taquigrafía, mi letra empeoró gravemente.

Me sentí tan avergonzada que no supe qué decir por un lapso de treinta segundos. Luego me adelanté y le espeté un sincero: “Disculpe, caballero, con gusto le leo esa parte para que pueda entregar las cartas a sus destinatarios”. Él respondió: “No tenga pena, señorita, su letra es muy bonita, solo que me cuesta un poco leer cuando escriben en letra cursiva. Quizás pueda enseñarme a leerla, así no le quito más tiempo”.

Lo dijo mientras soltaba una risa nerviosa, y su rostro se cargaba de un rojo tomate. No entendía bien si aquello había sido un cumplido, una invitación a salir o una simple broma, pero no dije nada, solo me reí con él mientras le volvía a escribir la dirección en letra de molde para evitar más retrasos.

Los días pasaron, y cada mañana aparecía en mi escritorio un papelito doblado por la mitad, donde se podían leer distintos mensajes, todos escritos con letra cursiva no muy legible ni estética, pero que tenían un denominador común: “Hoy puede ser un buen día, si lo pensamos desde el inicio”.

No había remitente, pero sí destinatario. Yo era la destinataria, y el remitente, un anónimo que me deseaba



un “feliz día”, pero que al mismo tiempo implícitamente aclaraba: “Depende de ti”.

Pasaron unas semanas hasta que nuevamente ese mensajero se acercó a mi escritorio. Esta vez llevaba consigo un strudel de manzana; era casi la hora del almuerzo cuando me dijo:

Hola de nuevo, Carmen. Ha pasado un tiempo desde aquella vez en que le pregunté por la dirección de entrega para un destinatario. Quería decirle que eso se debe a que he estado practicando escribir en letra cursiva. Quizás lo haya notado en las notas que le dejo cada mañana sobre el escritorio, mensajes que he escrito al no encontrar el valor de desearle un feliz día personalmente, pero que hoy quisiera cambiar, invitándola a almorzar o, si no, entregándole este rico postre que sé que su mamá prepara con gran técnica y que es muy sabroso.

Me quedé sin palabras; las manos me sudaban y las piernas me temblaban, mientras sentía que dentro de mi estómago volaba una parvada de mariposas. Sin embargo, después de un silencio que pareció una eternidad, pude decirle: “Muchas gracias, Rubén, me alegra mucho que esté practicando escribir, y claro que he leído sus notas cada mañana. Me han parecido tiernas, y qué bueno conocer al fin al remitente. Claro que me gustaría mucho ir a almorzar con usted; quizás

podamos ir mañana a la cafetería a la hora del almuerzo”.

Nunca había experimentado una escena como la que acababa de vivir. “Así se siente cuando alguien te invita a salir”, me dije muy emocionada hacia mis adentros. Era una sensación muy extraña, pero no quería dejar de sentirla, como si de pronto todo en mi cabeza girara alrededor de Rubén.

Empezamos a salir al día siguiente, nos hicimos novios al mes y nos casamos después de tres años de noviazgo, un noviazgo que disfrutamos plenamente, aunque, como bien dicen, nunca se llega a conocer al cien por ciento a una persona. Conocimos Perú en el segundo año de noviazgo; allí me propuso matrimonio, en la montaña de colores. Lloré mucho de felicidad antes de poder gritarle: “Sí, mi cielo, claro que quiero casarme contigo”. Nos tardamos un año en ahorrar para nuestra boda y luna de miel, pero finalmente lo logramos y nos casamos un 3 de abril de 1973 en la iglesia de La Merced, en La Antigua Guatemala.

Fue, sin duda alguna, el mejor día de mi vida. Ese día le prometí serle fiel y respetarlo, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, para amarlo y cuidarlo hasta que la muerte nos separase, y así lo hice hasta el último día de su vida.

Formamos un hogar muy bonito. Tuvimos a nuestro primer hijo, un dulce y tierno niño a quien pusimos por

nombre Mateo, cuando llevábamos un año de casados. Al principio, nos costó mucho, sobre todo con los desvelos, pues Mateo lloraba mucho y, como éramos nuevos en el trabajo de padres, no sabíamos bien qué significaba todo aquello que nos abrumaba. Creo que por eso nuestro segundo hijo llegó después de una larga espera de siete años, cuando di a luz a nuestra princesa, una niña preciosa a quien llamamos Isabel.

Conocimos todo el interior del país. A Rubén le encantaba viajar, tanto que tenía un calendario que me invitaba a llenar con él cada 31 de diciembre. Nuestro lugar favorito era, sin duda, el Cráter Azul, al que fuimos unas diez veces, hasta que después de muchos años de ahorro pudimos llevar a los niños a Disneyland. Aquello nos llenó de felicidad; los niños ya estaban grandes. Recuerdo que Mateo tenía dieciocho años e Isabel once, pero lo disfrutaron como si fueran niños de kinder.

Estuvimos casados casi cincuenta años, exactamente nos faltó uno para cumplir las bodas de oro. Para entonces, mi padre y mi madre ya habían fallecido, ambos por senectud. Mi padre se fue unos años antes, tenía ochenta y cinco años cuando, después de un viaje largo a Grecia que hizo junto a mi madre, ya no despertó de un sueño profundo. Sin embargo, lo que podría haber sido muy traumático para todos, mi madre lo llevó con mucha resiliencia. Lo entendió todo: aquella relación había sido muy asertiva y sin duda eso le ayudó a aceptar que la

partida de mi padre no era más que parte del proceso de trascendencia que ambos debían experimentar para completar el gran amor que se profesaban.

Mi madre falleció cinco años después, también mientras dormía. Recuerdo que a su funeral acudimos casi cien personas. Esa noche, los llantos y lamentos se transformaron en relatos en los que mi madre había sido una luz en la vida de todos aquellos que la recordábamos atendiendo su querida cafetería con entereza y orgullo, sabiendo que era dueña de su destino, el mismo que decidió forjarse desde muy joven. Así pues, esa noche no se sirvieron emparedados de jamón, como se acostumbra en los funerales de nuestro país, sino sus famosos strudel de manzana, del que todos éramos fieles comensales.

Viví la muerte de ambos con mucha resiliencia, como mi madre había vivido la muerte de mi padre. Rubén se admiraba de esto, le costó mucho comprender que ese proceso para mí significaba que veía cómo las almas de mis padres se unían para trascender juntos hacia la eternidad a la que siempre aspiraron. Y me decía:

Es increíble que no lloraras la muerte de tus padres. Yo lloré mucho la de los míos, y eso que fue realmente un suplicio la forma en la que se fueron. Recuerdas que mi madre sufrió mucho con su diabetes descompensada y mi padre también con su cirrosis, producto de un alcoholismo empedernido.

Yo le decía: “Amor, todos vivimos el duelo de formas distintas. Eso sí te digo, si me tocara irme antes que tú, nada me daría más gusto que lo comprendieras como el paso final de nuestra hermosa relación, en la que mi alma estaría a la espera de la tuya para trascender a la eternidad”.

Sin embargo, su muerte llegó hace tres años. Fue un proceso largo y complicado. He de decirles que, contrario a la partida de mis padres, sufrí mucho la partida de Rubén, sobre todo porque un día dejó de reconocerse como su esposa, preso de una memoria que se difuminaba en la profundidad del olvido.

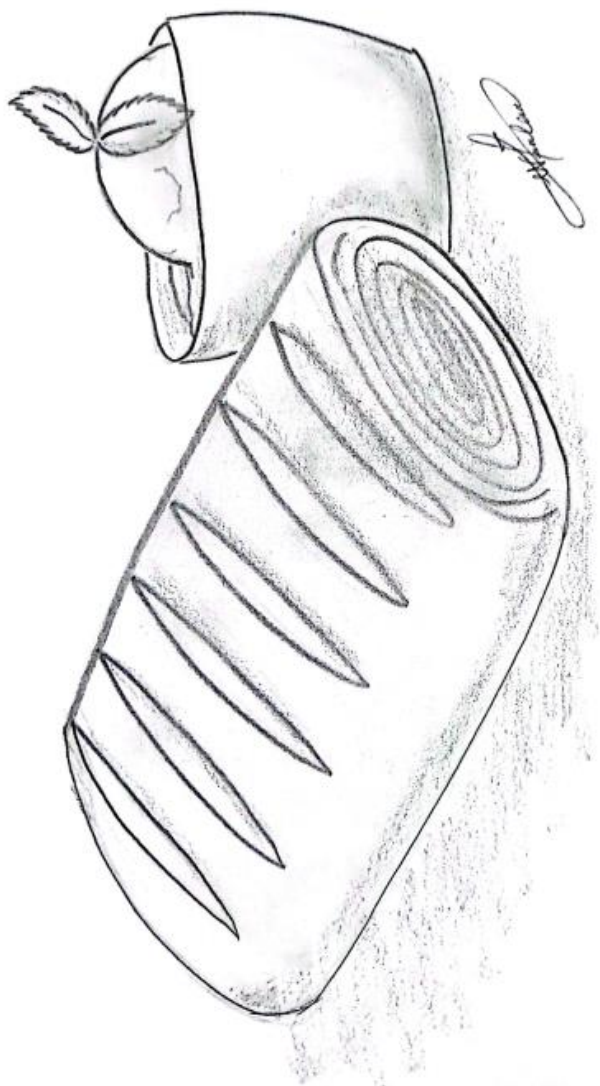
Comenzó a celarme mucho. Al principio me pareció tierno; éramos ambos unos viejitos de setenta años, ¿qué infiel podía serle si toda la vida lo había visto como mi príncipe azul? Sin embargo, después de unas pocas semanas, sus celos aumentaron en intensidad y frecuencia, llevándolo a mostrar conductas agresivas que no podían ser explicadas por nada. Rubén jamás me había alzado la voz, y mucho menos intentado golpearme. Que lo hiciera nos obligó a mis hijos y a mí a visitar al médico para saber por qué mi esposo presentaba esos cambios.

Recuerdo haber salido devastada de aquella consulta. No podía dejar de sentirme triste por Rubén. Aquel médico nos dijo que ese hombre que un día se acercó a mí para invitarme a salir, con la excusa inocente de no

entender la dirección escrita en un sobre que debía entregar, estaba siendo atacado por una enfermedad atroz que acabaría por robarle su propia identidad. “Su esposo tiene Alzheimer”, me dijo, esbozando esas cuatro palabras tan rápido como cae un trueno en una tempestad. “Es irreversible y avanza con rapidez”, continuó explicando y comunicando la terrible noticia. “Un día no reconocerá quiénes son ustedes y, más grave aún, dejará de saber quién es él. En esos momentos, la terrible confusión lo llevará a presentar conductas tan agresivas que podría atentar contra la vida de ustedes y la suya misma”, concluyó, mientras mi corazón se partía en mil pedazos y mis piernas se debilitaban, siendo incapaz incluso de ponerme en pie para abrazarlo y decirle: “Estoy aquí, mi amor, como te lo prometí hace cuarenta y seis años en el altar”.

Rubén falleció el 17 de diciembre de 2022, cuando la enfermedad ya estaba en su fase siete. Para entonces, ya no podía hablar mucho y se comunicaba con mucha dificultad. Diariamente le ayudaba a bañarse, vestirse, comer e ir al baño. Ya no me reconocía y, aunque ya no era tan agresivo como en las primeras fases de la enfermedad, permanecía paralizado, mirando al vacío, como si su alma se hubiera ido. Me destrozaba verlo así. Nuestros hijos lo abrazaban mucho junto conmigo, y le decíamos: Sabemos que nos escuchas y que sabes quiénes somos, es solo que tus olvidos han empeorado,

pero no tengas pena, sabemos quién eres y que nos amas tanto como nosotros a ti.”



- FIN -

*Todos conocemos a alguien que vive en situación de calle, habla consigo mismo o enfrenta problemas con alguna sustancia, atrapado en la oscuridad del abandono y el frío del olvido. La capacidad de mirar esta realidad con humanidad nos permitirá, sin duda, ser mejores personas.*

Andrés Figueroa







